

Tula, La Magna

Pedro R. Monge Rafuls

Tula, La Magna fue publicada
por OLLANTAY Press en el 2011.
y por Revista Literaria Baquiana, Año XV, Número 87-88, Enero-Abril del 2014.

© Pedro Monge Rafuls.
Prohibido el uso de la obra en cualquier forma
sin el permiso escrito del autor.

*Para mis tías:
Gabina, Marina, Cuca y Lula, In Memoriam
Idolidia y Lina,
y mis primas:
Marta Margarita, Matilde, Lucía, Miriam, Rosi, Aichel,
Adiene, Carmen, Diana, Olga Lidia.
Y, mis ahijadas: Maritza y Aliadna.*

¡Abre tus puertas, mundo! ¡Ensancha, vida
para mí tu camino!
Broten raudales de placer divino,
de amor, de libertad... grandes pasiones
dadme, dadme sin fin... mi alma encendida
se agita en sed de vivas emociones.
Quiero agotar, oh vida, tus tesoros,
devorar quiero, mundo, tus placeres.

-- Gertrudis Gómez de Avellaneda, "¡A la juventud!" (Versión de 1841)

Hay aún en aquellos males que puede causarnos la injusticia de los compatriotas algo de consolador: podemos quejarnos y perdonarlos; pero ¿con qué derecho nos quejaríamos de los que no tienen respeto a nosotros, ningún deber, ningún vínculo? ¿A qué lloraríamos si nuestras lágrimas no pudieran conmover? ¿Qué valdría nuestro perdón si no le concediese el afecto sino el desprecio o la impotencia del odio?

-- Gertrudis Gómez de Avellaneda, "Apuntes biográficos de la Condesa de Merlin", la introducción a *Viaje a La Habana*.

PERSONAJES

José Fornaris, poeta indiano

Luisa Pérez de Zambrana, ilustre poeta

Don José Ramón Betancourt, director del Liceo de La Habana

Condesa de Santovenia

Gertrudis Gómez de Avellaneda

Nina, esclava

Sebastián (Seba), esclavo joven

Doña Francisca Arteaga y Betancourt, la madre

Loynaz, joven enamorado

Manuel, el hermano

Primas I y II

Francisco Ricafort

Ignacio de Cepeda, poeta y político

José Zorrilla

Juan Nicasio Gallego

Gabriel García Tassara, poeta andaluz

Comentarista del periódico *La Época*

Isabel II

Don Francisco de Asís

Amante de Isabel II

Domingo Verdugo, esposo de Tula

Antonio Ribera

Músicos negros, esclavos, damas y caballeros

Loynaz, Francisco Ricafort e Ignacio de Cepeda pueden ser interpretados por el mismo actor, según el interés del director, siempre y cuando realicen cambios actorales notables.

Al fin y al cabo, los amantes de Gertrudis deben haber tenido algún parecido físico que interesara a la escritora. Se ha dicho que eran muy hermosos.

Con la excepción de José Fornaris, Luisa Pérez de Zambrana, Gertrudis, Nina, doña Francisca, Manuel y Verdugo, todos los otros personajes pueden ser interpretados por los actores que hacen de damas y caballeros. Salen y regresan naturalmente a este grupo de damas y caballeros, en el momento de su interpretación.

Esta fue una época romántica, y la Avellaneda fue la principal representante femenina del Romanticismo en la literatura española. La veracidad de los hechos en la vida de la Avellaneda, así como la cronología de los mismos, no son una preocupación en la obra; sin embargo, algunos datos que se acercan a la realidad se basan en el cuaderno biográfico que Tula le escribiera a Ignacio de Cepeda y en lo que se ha escrito o se conoce sobre la escritora.

El sobrenombre de Gertrudis, la Magna, le fue dado por la escritora española Fernán Caballero con intenciones irónicas.

La Avellaneda fue una vívida lectora. Tener un libro en sus manos es parte esencial del personaje.

En la antesala del teatro hay unos músicos negros de la época. Flauta, violines, violonchelo y batería. Algo desorganizados tocan y dejan de tocar contradanzas antes de que comience la obra. Estos músicos están en el escenario, durante la coronación de Gertrudis, creando un poco de confusión. Igual estarán en la antesala del teatro, tocando al final, mientras el público sale.

Los esclavos, que han transportado a sus amos en carruajes, estarán en la antesala del teatro, se pasean de un lado a otro o hablan entre sí, mientras, debidamente separados, las damas comparten con los caballeros blancos. Esto puede lograrse usando a los actores o, idealmente, por medio de tecnología 3D.

Todo el ambiente y todo el personal del teatro (taquillero, acomodadores, etcétera) están vestidos y se comportan como si pertenecieran a aquella época.

Los cambios de escena, tiempo y lugar, ocurren gracias a la fantasía del director y a la creación de los actores, sin apagones ni congelamientos. Los actores se mueven dentro del escenario con naturalidad, sin preocuparse por buscar una causa para la salida o la entrada. Los cambios de escena y el uso de los objetos necesarios se incorporan a la acción por los actores, con toda espontaneidad.

PRIMER ACTO

GERTRUDIS. *(Tocando la enorme puerta de una casa madrileña.)* ¡Abre! ¡Abre! ¡Abre, en el nombre de Dios! ¡Yo sé que estás ahí! ¡Te lo pido por ella! *(Ahora da golpes.)* ¡Tassara! ¡Dios, ay! Virgen santa, tú que eres madre. Es tu hija. No me importa que todo Madrid me vea humillarme delante de tu puerta con tal que la conozcas. ¡Abre! Enfrenta la situación. *(Furiosa le da unas patadas a la gran puerta.)* ¡Abre! ¡Abre, poco hombre! ¡Abre, que sé que estás ahí! ¡Gabriel, es tu hija!, haz lo que yo estoy haciendo y sé responsable por una vez. ¡Sal de esta casa y vete a verla! Por favor, te lo pido, es nuestra hija. No le niegues tu bendición antes de que parta al cielo. Pídeme lo que quieras, pero vete a verla, aunque sea una vez.

La Habana, 1860. En el Teatro Tacón. El día de la coronación de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA. *(Tiene veinticinco años en este momento. Su elegancia llena el lugar. Se encuentra en el escenario del Teatro Tacón, donde también está el poeta José Fornaris. A sí misma y a José Fornaris.)* No y no...

JOSÉ FORNARIS. No debe hacerlo, doña Luisa...

LUISA PÉREZ. No insista en ese absurdo.

JOSÉ FORNARIS. Lo estamos esperando de usted...

LUISA PÉREZ. ¿Quiénes lo esperan? ¡Por Dios! *(Saca un espejo de algún lugar de su ropa.)* Sosténgalo, por favor, aquí. *(Lo coloca para mirarse el rostro y el cabello.)* Virgen de la Caridad, estoy toda despeinada. Hacía mucho viento en la calesa. Le dije al calesero que no corriera: ¡No corra! ¡No corra!, y mire cómo quedé. *(Se arregla. Le quita el espejo a Fornaris.)* Gracias. Como le iba diciendo. Ah, sí, por supuesto, hablábamos, bueno, repetía usted su cantaleta de que no es cubana, de que si por esto o si por lo otro. Es usted y algunos poetas meno... *(Va a decir menores, pero se corrige.)* Jóvenes, los que la acusan de no ser cubana. Disculpe, pero realmente es usted quien la acusa. *(Vuelve a mirarse en el espejo, que no había guardado, y se retoca nuevamente el cabello.)* Quedé echa un nido de palomas. *(Guarda el espejo y se acicala el vestido.)*

JOSÉ FORNARIS. ¡¿Pero es que no entiende?!

LUISA PÉREZ. ¿Qué dice usted?

JOSÉ FORNARIS. Perdone... ¡Discúlpeme! ¡Pero, no es como nosotros!

LUISA PÉREZ. Ni usted como yo. No opinamos de la misma manera.

JOSÉ FORNARIS. No soy solo yo. ¡Y toda la nueva generación de poetas que no asistirán al evento! No vienen porque no quieren apoyar esta cursi coronación.

LUISA PEREZ. ¡¿Me está catalogando de cursi?!

JOSÉ FORNARIS. ¡Discúlpeme! Una mujer honrada no hace lo que ella...

LUISA PÉREZ. ¡¿Qué dice?! Delante de mi persona no le falte el respeto. Ella es una mujer digna y esta me parece una conversación ilógica.

JOSÉ FORNARIS. Andar con absurdidades es lo que permite lo ilógico.

LUISA PÉREZ. Yo pienso que sé de qué hablo, pero francamente, pero francamente no sé de qué está hablando usted.

JOSÉ FORNARIS. Es una española que viene representando a la corte.

LUISA PÉREZ. No salimos del absurdo ilógico, pero quédele claro que no permitiré que ofenda a una mujer en mi presencia. ¡Ya se lo dije! Por favor, usted está muy encima de mí, échese un poco más para allá, que me va a estrujar el vestido. ¿Ha leído usted sus poesías? ¿Las entendió? ¿Conoce usted su teatro? Hablemos de sus novelas, sobre todo de *Sab*: los amores de un negro esclavo por una señorita blanca y el mensaje abolicionista que encierra. ¿Cuándo se había visto eso? Por favor, no hablemos de ilógicos absurdos.

Entra el director del Liceo, don José Ramón Betancourt. Está nervioso.

DON JOSÉ RAMÓN. *(Saludando a Luisa Pérez como conviene a su rango y a la época.)*
Luisa... no te... no la vi llegar... me estaba poniendo nervioso. Pensé que no iba a venir...

LUISA PÉREZ. ¡¿Cómo iba a faltar, don José Ramón?!

DON JOSÉ RAMÓN. ¡Hoy es el día más glorioso para el Liceo, para la literatura cubana, para toda la literatura americana, para la lengua española!...

JOSÉ FORNARIS. *(Al entrar don José Ramón, que lo ha ignorado, se ha movido hacia un lado.)* ¡Válgame Dios!

LUISA PÉREZ. *(Lo oye.)* ¡Usted sí que es obstinado con su dale que dale! *(A don José Ramón.)* Sin ponerse nervioso, don José Ramón, que ya tengo bastante.

DON JOSÉ RAMÓN. ¡¿Sin ponerme nervioso?!... ¡¿Sin ponerme nervioso?! Discúlpeme, doña Luisa, y no vaya a pensar que me estoy fijando en la gente, que hay cosas que no me importan, pero se dio cuenta de lo ridículo del vestuario del poetilla.

LUISA PÉREZ. Yo creía que usted lo había invitado.

DON JOSÉ RAMÓN. ¡Qué va! Solo hemos invitado a los grandes escritores y a lo mejor de la sociedad.

LUISA PÉREZ. ¿Va a pedir que lo saquen?

DON JOSÉ RAMÓN. No, no, para que forme un escándalo. Eso es lo que desea. Pero tú... usted, doña Luisa, ¿no está nerviosa?

LUISA PÉREZ. Ya me tomé un tilo, pero fíjese cómo continúan temblándome las manos.

DON JOSÉ RAMÓN. *(Alto para que Fornaris lo oiga.)* Algunos se han colado sin invitación.

JOSÉ FORNARIS. *(Irónico, finge incredulidad por lo que oye.)* Que algunos no han sido invitados y están aquí, ¡qué barbaridad!

LUISA PÉREZ. Estoy nerviosísima, pero estoy feliz, como nadie. La mujer más destacada de todo el Romanticismo, la que no ha tenido rival ni en el viejo ni en el nuevo mundo, me ha seleccionado para que yo la corone... ¿Por dónde estará Ramón? Ese marido mío, siempre se pierde cuando más lo necesito.

JOSÉ FORNARIS. *(Irónico.)* Ella que vive entre reyes y poetas famosos...

En ese momento, desprendiéndose del grupo de los invitados, se acerca la Condesa de Santovenia. Saluda a Luisa Pérez de beso y a don José Ramón como debe. Ignora a Fornaris.

DON JOSÉ RAMÓN. ¡Condesa!

LUISA PÉREZ. ¡Soy un manojo de nervios! *(A la Condesa.)* ¿Has visto a Ramón?

DON JOSÉ RAMÓN. Lo iré a buscar para que le traiga otro tilo. *(Se aleja.)*

CONDESA DE SANTOVENIA. Vine porque te vi rodeada de estos hombres. Sobre todo el insolente del poeta. No lo soporto.

LUISA PÉREZ. Ay, gracias por sacármelo de encima. Ayúdame a encontrar a Ramón.
Sin cambio de escenario, el Teatro Tacón se convierte en la casa de Gertrudis, en Puerto Príncipe. Los personajes que están para la coronación van saliendo con mucha naturalidad, mientras los de esta siguiente escena van entrando. Siempre que suceda un cambio de escena, hay una confusión con el entrar y salir de los personajes. Este breve desconcierto servirá, entre otras cosas, para llamar la atención sobre el cambio de época y espacio. En ningún momento el tiempo se detiene en la escena.

Se oye un grito horrible. Entra la esclava Nina, muy angustiada.

NINA. Niña Francisca, niña Francisca, vienga pronto... Ay, Dio, Dio mío... ¡Niña, vienga pronto! Pobrecita mi niña Gertrudí. Su papá... Cuando niña Gertrudí se entere...
Con lo que ella lo quería.

Entra doña Francisca. Los esclavos comienzan a entrar con velas. Las damas y los caballeros van entrando. Todos están tristes y de luto. Comienzan a rezar un rosario con una voz monótona.

NINA. *(Al mismo tiempo que el rezo del rosario.)* Tula, Tula, mi niña.

DOÑA FRANCISCA. Ve, Nina, busca a Tula y a Manuelito. Dile a Tula que debe comportarse como corresponde a una niña de su alcurnia. No quiero que sus tíos y primas comiencen a decir sandeces.

Nina y todos los dolientes van saliendo, mientras entra Sebastián, un musculoso joven negro de la misma edad de Tula. Trae una silla que parece un trono. Se queda pegado a la pared mientras salen todos los personajes. Al quedarse solo, coloca la silla en un lugar que ha seleccionado. Entra Gertrudis, es una hermosa joven, rodeada de un aura sentimental y erótica. Va directamente a sentarse en la silla.

GERTRUDIS. Casi no puedo venir. Mamá no me soltaba. Luego, Manuel. Te traje un regalo.

SEBA. ¿Te acordaste de mí?

GERTRUDIS. *(Se levanta de la silla y le acaricia la cara y los músculos.)* Siempre me acuerdo de ti.

Al mismo tiempo que habla, Seba saca un tabaco, lo enciende y se lo pasa a Gertrudis que fuma. Los dos se pasarán el tabaco para fumar. Gertrudis le entrega un manuscrito. Fumar tabaco y cuántas veces en la obra, es una decisión de la dirección artística.

SEBA. ¿Algo tuyo?

GERTRUDIS. Sí, es lo último que escribí. Son unas estancias endecasílabas. Llévatelas, después me las comentas y las leeremos juntos. Tus notas me ayudan mucho a corregir mi trabajo. Eres el mejor crítico que existe.

Seba le entrega unos enormes aretes en forma de argollas. Gertrudis se los pone, coqueta.

GERTRUDIS. ¿Cómo los conseguiste?

SEBA. Los robé para ti.

GERTRUDIS. ¿Dónde?

SEBA. En la tienda que vende para esclavos libres.

GERTRUDIS. Si te descubren te van a dar latigazos.

SEBA. No me importa.

GERTRUDIS. Tengo miedo de que descubran que sabes leer y ahora te robaste esto.

SEBA. Para ti.

GERTRUDIS. A veces me pregunto si enseñarte a leer fue un error.

SEBA. Gracias a ti puedo apreciar la literatura y pensar.

GERTRUDIS. Debías ser libre, y no dudes que lo serías si estuviera en mis manos.

SEBA. Contigo soy un hombre libre.

GERTRUDIS. Yo también me siento distinta contigo. *(Lo acaricia.)* Puedo decirte cosas que a nadie más puedo decirle. Solo tú me entiendes. *(Sienta a Seba en la silla-trono. Lo acaricia con mucha ternura.)* Quiero ser una escritora. Poner en práctica todo lo que he aprendido. Es una pasión cuando comienzo a escribir y no puedo

detenerme. Lo único que me confunde es si escribir una poesía o una novela, o una obra de teatro. Quisiera irme para España, conocer escritores importantes. Entrar al Palacio de los Reyes.

SEBA. ¿Más nunca te volveré a ver?

GERTRUDIS. Sí, sí. Eso es solo un sueño.

SEBA. Un día me vas a olvidar. Vas a conocer a un hombre blanco, rico.

GERTRUDIS. Yo no te olvidaré. Te lo juro. Siempre guardaré estos aretes, y me los pondré para recordarte. Cuando sea famosa voy a regresar a Cuba. Nos volveremos a encontrar. No te pongas triste. Tengo que cumplir mi destino. *(Cambio súbito.)* Señor Conde, lo esperé toda la noche.

SEBA. *(Entra en el juego.)* Tenía compromisos importantes que cumplir.

GERTRUDIS. ¿Qué clase de caballero es usted que deja esperando a una dama ansiosa?

SEBA. Soy un hombre; un hombre de obligaciones. Además, tú no eres más que una mujer y yo tengo lo que a ti te gusta.

GERTRUDIS. *(Se rompe el juego.)* ¡Ah, no! ¡Así no! Me tienes que tratar como un joven enamorado.

SEBA. Yo estoy enamorado.

GERTRUDIS. ¿De qué negra?

SEBA. No es ninguna negra.

GERTRUDIS. ¿Cuántas novias tienes?

SEBA. Una sola.

GERTRUDIS. ¿Cuál?

SEBA. La mujer más bella, más adorable, que puede estremecer a un hombre.

GERTRUDIS. Dime quién es la más bonita.

SEBA. Tú.

GERTRUDIS. No te creo.

Gertrudis, lujuriosa, comienza a acariciar el cuerpo musculoso de Seba; le abre la camisa; le besa el pecho. Él responde a las caricias. La escena va creciendo en intensidad sexual.

SEBA. Hoy, por delante.

GERTRUDIS. No, Seba, no.

SEBA. Por favor.

GERTRUDIS. *(Besándolo.)* Eres como un dios. *(Se aparta. Lo mira.)*

SEBA. ¡Entonces, hoy!

GERTRUDIS. No insistas.

SEBA. Eres mala.

GERTRUDIS. Seamos razonables.

SEBA. Lo voy a hacer con cuidado para que sigas siendo una señorita virgen.

Seba tira a Gertrudis sobre la silla, van a hacer sexo oral en esa posición. Gertrudis tira el tabaco hacia donde no se ve. Entra Nina asustada.

NINA. ¡Niña Francisca! ¡Niña Francisca!

La pareja se separa. Gertrudis se sienta correctamente en la silla y Seba se arregla la ropa. Entra doña Francisca.

DOÑA FRANCISCA. ¡Vaya! El salón de reuniones de la alta nobleza.

GERTRUDIS. Estoy cansada. Le estaba pidiendo a Seba que fuera a buscarme una limonada.

NINA. Ve, apúrate. Buca la limoná pa la niña Tula.

DOÑA FRANCISCA. Tanto trabajo que hacer en esta casa, y estos dos negros viviendo mejor que los amos... ¡¿Y esos aretes?! ¿De dónde los sacaste? ¿Y ese olor a tabaco?

GERTRUDIS. ¡¿Olor a tabaco?! Yo no huelo nada.

DOÑA FRANCISCA. ¿Y esos aretes?

GERTRUDIS. ¿Los aretes? ¡Ah, sí! ¡Los aretes! ¿Te gustan?

NINA. E un regalo mío pa niña.

DOÑA FRANCISCA. ¡Ridiculísimos! ¡Son aretes de negra! ¡Quítate los! *(Doña Francisca estira las manos para que se cumpla su mandato. Gertrudis lo hace y se los entrega. Doña Francisca los tira. Seba los recoge.)* Hasta dónde llega tu mal gusto.

(A Seba.) Dale esos aretes a alguna negra que tengas. Para eso sí son buenos ustedes, para andar ennoviando, y olvídate de la limonada, vete a ver si don Isidoro necesita ocuparte en algo provechoso.

Seba va saliendo y pasa por el lado de doña Francisca que le pone una zancadilla y Seba casi cae. Doña Francisca se queda impávida, como si nada hubiese ocurrido, Seba se recompone y sale rápido, pero antes, doña Francisca ve el manuscrito que Seba se lleva y se lo quita.

GERTRUDIS. ¡Mamá!

DOÑA FRANCISCA. Estos negros corren más ligeros que una gallina de Guinea.
(Examina el manuscrito.) ¡Es tu letra!

GERTRUDIS. Se me cayó al piso y Seba lo recogió. *(Le quita el manuscrito a la madre. Sale.)*

Nina va a salir detrás de ella.

DOÑA FRANCISCA. ¡Nina!

NINA. Sí, niña.

DOÑA FRANCISCA. Aquí huele a tabaco.

NINA. Yo no huele na, adiemá yo no sabe fumar. Niña no pue decir que yo fuma.

DOÑA FRANCISCA. ¡Estás alcahueteando a Tula!

NINA. Yo, mi ama, no acagüeteo a naiden.

DOÑA FRANCISCA. Se te ha olvidado que eres una negra y el día menos pensado te voy a vender para que no continúes con tus encubrimientos.

NINA. ¡Ai, amita, niña!

DOÑA FRANCISCA. Te conviene no ocultarme nada. Algo oí de pasada, las ironías de mis sobrinas, y no quiero ser el hazmerreír de Puerto Príncipe. Dime si Tula anda flirteando con algún joven.

NINA. Con mile dello.

DOÑA FRANCISCA. ¿Qué estás diciendo?

NINA. Na, amita, e un decir. No, no, yo no dice na, e un decir solamente, poque niña doña Francisca, niña Tula emu linda y podría tenel mile enamora. Sí, niña.

DOÑA FRANCISCA. ¿Conoces alguno?

NINA. No, mi ama. Niña mu buena, no tie na.

DOÑA FRANCISCA. No te hagas.

NINA. Si no me hago na, amita.

DOÑA FRANCISCA. Hay que evitar los rumores de la gente mal intencionada. Ella está comprometida oficialmente con el pariente que papá y yo le seleccionamos, que es un hombre de mucha fortuna.

NINA. Ella quiere mucho a uté. Sí, señora amita, esa niña emu buena... y muy curta.

DOÑA FRANCISCA. ¿Qué sabes tú de cultura para que puedas hacer tremenda declaración?

NINA. Yo tengo oído y lo piego a to el que habla e mi niña Tula. ¡Lo dice toito el mundo en la villa, niña Francisca!

DOÑA FRANCISCA. Tengo muchas cosas que resolver y no puedo continuar hablando contigo, pero te queda advertido, si ves algo, me lo dices. Y busca el porqué de esa peste a tabaco. *(Sale.)*

NINA. Niña Francisca cree que yo so boba. Que'so no so... Tulita e muy caliente, pero no digo na. Ella escribe poesía linda como lo hombre poeta inteligente quella lee mucho libro deso hombres francés. *(Recoge el tabaco y se pone a fumar. Sale.)*

Los personajes de la próxima escena entran mientras salen los de la anterior, sin preocuparse por buscar una lógica a la vinculación de las dos escenas.

LUISA PÉREZ. Tan americana es, que allá se hizo llamar La Peregrina.

FORNARIS. Doña Luisa, por favor.

LUISA PÉREZ. También La Franca India.

FORNARIS. Coronarla es contribuir a exaltar los valores de la metrópolis que ella representa.

LUISA PÉREZ. Yo, todo lo acepto, así lo tengo por norma, pero estimado poeta, y discúlpeme, no se puede confundir la patria con el criollismo. ¿Usted no ha visto a

Ramón? Desde que llegamos se me desapareció y necesito preguntarle algo. Yo no lo critico a usted, como hacen otros intelectuales, diciendo que su poesía es pobre y de mal gusto, yo lo respeto a usted, pero no, no confundamos ser patriota con la necesidad de cantarle al campesino, discúlpeme, tenga presente que mi intención no es ofenderlo. Ay, creo que allí está Ramón. No, no es él, se parecía, ¿verdad? ¡La coronaré como me lo ha pedido!

Salen Luisa Pérez y Fornaris.

En la casa de Puerto Príncipe. Gertrudis parece oponer resistencia a los deseos del joven Loynaz por besarla. Eso lo excita más. Gertrudis finge no tener fuerzas y se deja besar apasionadamente. Detrás, apartada, Nina observa. De pronto, Nina hace ruido. Los amantes se separan.

GERTRUDIS. ¡Nina! ¿Quién viene ahora?

Entra Manuel. Tres años menor que su hermana. Gertrudis se mantiene coqueta, discretamente sexual con Loynaz.

LOYNAZ. ¡Gertrudis! Vous êtes la plus belle femme de tout Puerto Príncipe.

GERTRUDIS. Je suis sure que vous dit cela à toutes les jeunes filles que vous souhaitez conquérir.

LOYNAZ. Pourquoi vous êtes comme cela avec moi qui vous admire autant?

GERTRUDIZ. *(Burlona.)* Ah, vous m'admirez seulement.

LOYNAZ. Et je vous aime...

MANUEL. *(Burlándose.)* ¡Gertrudis! ¡Oh, Gertrudis! *(Recita con exagerado romanticismo, mientras Gertrudis goza de la situación y Loynaz no sabe qué hacer.)*

¿Por qué, adorada mía,
mudanza tan cruel? ¿Por qué afanosa
evitas encontrarme, y si te miro,
fijas en tierra lánguidos los ojos,

y triste amarillez nubla tu frente?

LOYNAZ. No le encuentro ninguna gracia.

MANUEL. Ese es tu rival, mi querido Loynaz. El gran amor de mi hermana.

LOYNAZ. El poeta José María Heredia.

MANUEL. El que está exiliado en México.

GERTRUDIS. Tú sabes bien que admiro su poesía... Ayer la leímos juntos.

LOYNAZ. Es otro hombre y no el poeta Heredia el que me aleja de ti.

GERTRUDIS. Tienes que aceptarlo.

LOYNAZ. Pero debes entender lo que siento.

GERTRUDIS. No insistas. Es la decisión de mi abuelo...

LOYNAZ. Tú no lo amas.

GERTRUDIS. No importan mis sentimientos. Convéncete.

LOYNAZ. Con permiso... *(Se despide inclinándose. Sale.)*

NINA. *(Que lo ha estado observando todo.)* No debite, niño, ni tú Tulita, no mi gusta cómo te compolta con ese caballero... No, niña, no diebe abusar; caballero tánamorao... y tú va casarte pronto.

GERTRUDIS. No me quiero casar.

MANUEL. ¿Crees que podrás ir contra la voluntad del abuelo? ¡¿Y mamá?!

GERTRUDIS. Nunca nadie me entiende.

MANUEL. Claro que no, si antes decías que amabas a tu prometido.

GERTRUDIS. Equivocadamente. Creía que era un hombre de mundo.

MANUEL. El príncipe azul que perdió su color.

NINA. No te burle, niño Manolito.

GERTRUDIS. No me entiendes. ¿Qué mujer no ha creído ver un hombre protector? Nosotras vemos ángeles en los hombres que admiramos, hasta que nos damos cuenta de que estábamos equivocadas. Nada es más doloroso que despertar y ver que el ángel es un ser sin los valores que antes le veíamos.

MANUEL. Es el honor de abuelo el que pones en juego.

GERTRUDIS. ¡¿Y yo qué?!

MANUEL. Abuelo caerá enfermo por la vergüenza.

GERTRUDIS. No me eches la culpa a mí.

MANUEL. ¡Se lo voy a decir a mamá!

GERTRUDIS. Abuelo ya está viejo y estoy segura de que él me va a entender. Yo no seleccioné a ese esposo. Yo sé que no vas a decir nada. Peor eres tú con todas tus novias mulatas. Mamá va a morir del susto con tus romances.

MANUEL. Ay, mi hermana, no puedo contigo. *(Sale.)*

NINA. Caballero e partío que tu abuelo y niña Francisca quie pa se tu esposo. Eun señoi muy rico.

GERTRUDIS. Ay, Ninita, ¿por qué nadie me entiende? ¿Tú me imaginas casada con ese viejo ordinario?

NINA. Ai, niña mía, ¿qué va sucedé?

GERTRUDIS. Me paso todas las noches sin dormir. Estoy muy preocupada, aunque no quiera demostrarlo. No sé qué hacer. ¡Dios mío, ayúdame! *(Sale.)*

Entra Seba.

NINA. Deja de bucarla.

SEBA. La amo desde siempre, crecí con ella dichoso de verla, de oírla, de olerla, cuando estoy con ella no pienso en mi esclavitud y me considero más que un monarca cuando ella me dice que me ama.

NINA. E una pasión insensata. No te quie dar cuenta e los peligro que te arriesga.

SEBA. Me desespero y no sé cómo me contengo cuando va a un lugar y todos los hombres la miran y quisiera reclamarle su deslealtad cuando veo que ella echa un vistazo a un hombre blanco. Me arde todo, quisiera matarla pensando que tiene que ser mía nada más.

NINA. *(Persignándose.)* ¡Ai, Virgencita Santa!

SEBA. Quisiera llevármela lejos de su familia, huir con ella a donde sea, a la vida o a la muerte, al cielo o al infierno, aunque tenga que correr un baño de sangre de blancos.

NINA. *(Persignándose.)* ¡Ai, Virgencita! ¡Ta loco! Tie que quitártela de la mente. Ella no pue se pa ti. Ella ta comprometía con hombre su clase.

SEBA. Eso no me importa. Con él se va a casar, pero conmigo encontrará la felicidad siempre. Me mato el día que no la tenga.

Doña Francisca entra.

DOÑA FRANCISCA. ¿Dónde está Gertrudis? (*A Seba.*) ¿Qué haces tú aquí? Vete, vete a ver dónde te necesitan. (*Seba sale.*) Este negro me tiene cansada. Lo veo donde quiera. (*Otro tono. A Tula ausente.*) Ay, Tula, ya no sé cómo hacerte entender. El escándalo va a caer sobre toda la familia. ¿Qué es lo que quieres causar con tus majaderías? ¡No le haces ningún caso a Isidoro!

NINA. Perdona, niña, pero Tula no ve don Isidoro con buen ojos; Tulita crie que niña Francisca no quie su papá, don Manuel. (*Persignándose supersticiosa.*) ¡Que en padecanse! Uté, niña, se casa mu pronto con don Isidoro, ni un año eperó.

DOÑA FRANCISCA. ¿Qué estás diciendo, negra? ¡Te voy a enseñar a no faltarme el respeto!

GERTRUDIS. (*Entrando.*) Está repitiendo lo que me ha oído decir.

DOÑA FRANCISCA. Cállate, insolente, mala hija... y a la servidumbre, ¿cómo te has atrevido? Diciéndole improperios a las esclavas sobre tu propia madre...

GERTRUDIS. Nina es como de la familia.

DOÑA FRANCISCA. ¡¿Qué herejías andas diciendo?! Tantas lecturas te están atrofiando los sentidos. Que una mujer no sea analfabeta, ¡bueno, eso pasa, no es mal visto! ¡Faltaría más! ¡Pero que escriba para el público! ¡Dios mío! Mira cuáles son las consecuencias. Era de esperarse. Estás acabando conmigo. Y además, ¿qué tienen que ver tus ligerezas con mi matrimonio con don Isidoro? Eres una falta de respeto, sin consideración. (*A Nina.*) ¡Sal de aquí! (*Espera a que Nina salga.*) Esto no lo voy a permitir, ni se puede quedar así. Ya eres una señorita y debes entender perfectamente lo que significa andar diciendo que vas a romper ese compromiso. No eres, ni por casualidad, una ignorante, todo lo contrario. Papá está preocupadísimo. Se está enfermado por tu culpa. Vamos a hablar.

GERTRUDIS. Mamá, preferiría que hoy no. (*Le enseña el libro.*) Estoy leyendo a Lamartine. Es hermoso lo que escribe y me gustaría traducirlo. ¿Desea que le lea sus poesías?

DOÑA FRANCISCA. Este no es momento de preferencias ni de poesías. Me he dado cuenta; hace mucho tiempo que lo sé, que tienes algo contra mí. Yo he sido una mujer ejemplar, lo fui con tu padre, que en gloria esté, lo he sido con Isidoro y con mis hijos. Ni un reproche puede hacérseme en todo Puerto Príncipe; pero tú me los haces... Mírame a los ojos. Tu hermano Manuel me dice que nada tienes, pero yo sé que no eres feliz.

GERTRUDIS. No, mamá, yo la quiero mucho a usted. Y la respeto. Entiendo que usted aún es joven, bonita y quiso rehacer su vida.

DOÑA FRANCISCA. ¿No crees que soy digna de tus confidencias? Estás comprometida para casarte.

GERTRUDIS. Por muy poco tiempo. Es cierto: voy a romper el compromiso.

DOÑA FRANCISCA. Estás rechazando al mejor partido de toda la isla. El escándalo será el runrún de Puerto Príncipe.

GERTRUDIS. ¿Desea que me case como usted lo hizo con papá?

DOÑA FRANCISCA. ¡Tula!

GERTRUDIS. Forzada.

DOÑA FRANCISCA. ¡Hija!

GERTRUDIS. Nunca podría ser feliz.

DOÑA FRANCISCA. Todos me acusan, dicen que te dejo leer, y para colmo hasta en francés.

GERTRUDIS. Tengo planes, mamá. Esta villa ya no es suficiente para mí. Se me hace pequeña. Aquí no puedo realizarme como deseo. Vayámonos a España.

DOÑA FRANCISCA. Pues vas a ver tus planes realizados porque nos iremos para Santiago de Cuba a temperar la situación que has creado.

GERTRUDIS. ¡Santiago de Cuba, no!

DOÑA GERTRUDIS. No puedes continuar con tus necesidades.

GERTRUDIS. Sí, claro. Para usted yo soy la mala.

DOÑA FRANCISCA. ¡Tula, cállate! Tienes que cambiar y desde ahora mismo tu actitud hostil hacia don Isidoro ha terminado. *(Sale.)*

Entra Seba. Gertrudis se dirige hacia él. Lo abraza. Él le pone los aretes que había recogido del piso, comienzan a besarse y a desnudarse. Se hace el primer oscuro de los tres que habrá durante la obra.

DOÑA FRANCISCA. *(De luto. Llamando.)* Manolito, Manolito, Gertrudis. Vengan, hijos.

MANUEL. *(Entrando. Siempre está alegre.)* ¿Qué ruido es este?

DOÑA FRANCISCA. ¿Dónde está tu hermana?

Manuel busca debajo de un mueble, detrás de alguna cortina.

DOÑA FRANCISCA. ¿Qué bromas son esas, Manolito? *(Alzando la voz.)* ¡Tula! ¡Tula!
¡Ven!

GERTRUDIS. *(De luto. Entra.)* ¡¿Sí?!, ¿qué desea?

DOÑA FRANCISCA. Quiero hablar con los dos. Es necesario hacer un cambio brusco en nuestras vidas, no podemos continuar así después del escándalo por el rompimiento del compromiso...

GERTRUDIS. Mamá, por favor, no siga con ese asunto; le complací y nos pasamos una temporada en Santiago de Cuba, aunque me aburría hasta más no poder y...

MANUEL. En todo Puerto Príncipe se dice que si así te comportas a esta edad, qué será lo que harás después. Habla. Di que Loynaz te ofreció matrimonio.

GERTRUDIS. No lo acepté. Ustedes no me entienden.

Entran dos primas, de luto. Sigue una escena como salida de otra dimensión existencial. Las primas parecen caricaturas humanas, más que seres reales.

PRIMA I. *(Sarcástica. A su hermana.)* La culta señorita.

Gertrudis se pone a la defensiva.

PRIMA II. *(Muy fingida.)* El pobre abuelo. Que en paz descansa. *(Se persigna amanerada y falsamente.)*

PRIMA I. Tenemos una prima tan, tan, pero tan educada.

PRIMA II. Hasta escritora dicen que es.

PRIMA I. Organiza representaciones teatrales entre sus amistades.

GERTRUDIS. *(Brava, pero se contiene.)* Por no pertenecer a ese grupo selecto es que nunca las he invitado.

PRIMA I. Tampoco hubiésemos venido.

PRIMA II. Los grandes escritores deben estar celosos del teatro que la prima hace. *(Haciéndose la que nota a doña Francisca por primera vez.)* ¡Ay, tía Pancha! ¡Qué gusto verla! *(La saluda de besos.)* Hola, Manuelito.

PRIMA I. *(Igual.)* La bendición, tía. *(Doña Francisca hace una señal de la cruz en el aire.)* ¿Cómo estás, primo Manuelito?

Manuel durante esta escena no habla. Ni siquiera se mueve.

PRIMA II. ¿Y ya se arregló todo, tía?

PRIMA I. Papá está preocupadísimo desde la muerte de abuelo.

PRIMA II. Todo fue tan horrible.

PRIMA I. Se rumora que los desheredó a ustedes... y a usted también, tía.

GERTRUDIS. Eso ya se sabrá. *(Furiosa, agarra a una por el brazo.)* ¿Por qué no se van? Nadie las ha invitado.

Doña Francisca agarra a Gertrudis por un brazo, la aparta. Gertrudis está furiosa, pero obedece a su madre.

PRIMA II. Ya se sabe que no les tocará nada de la fortuna del abuelo.

GERTRUDIS. *(Hala las trenzas de la Prima I, que grita: ¡Aay! La Prima II ayuda a zafarla: ¡Déjala tranquila!)* No estamos detrás del dinero del abuelo, como ustedes.

DOÑA FRANCISCA. ¡Tula, deja que tus primas hablen!

PRIMA I. Lo que realmente importa es no ser el hazmerreír de todo Puerto Príncipe.

GERTRUDIS. Nadie es el hazmerreír de nadie por leer y escribir.

PRIMA II. ¡Pobre tía! ¡Cómo debe estar sufriendo!

DOÑA FRANCISCA. Estoy bien, gracias por preocuparse. ¿Y a qué se debe el honor de la visita, sobrinas?

GERTRUDIS. ¿Iban a la escuela para aprender a escribir y perdieron la dirección? *(Dándole en la cabeza a la Prima I, con el libro que lleva en las manos.)* Yo puedo enseñarles el abecedario.

PRIMA I. ¡Ay, me dolió! *(Reponiéndose.)* Pasamos a dejar flores en la tumba del abuelo.

PRIMA II. Queremos que su pobre alma sepa que no todas sus nietas somos volátiles.

PRIMA I. Trayendo el escándalo a su apellido.

GERTRUDIS. ¡¿Sí?! ¿Qué han hecho esta vez para escandalizar a la familia?

PRIMA II. Y entonces al salir del cementerio decidimos venir a saludar a la tía, pero ya nos vamos. Solo deseábamos saber que está bien y que con tanto disgusto no sufrirá el mismo ataque al corazón que el abuelo. ¡El pobre! ¡Que en paz descanse! *(Besa a la tía.)* ¡Mua! ¡Adiós, tía! ¡Adiós, Manuelito!

PRIMA I. *(Igual.)* ¡Adiós, tía! Cuídate, Manuelito, y no le hagas caso a las burlas de tus amigos. Tú no eres culpable de lo que hace alguna.

DOÑA FRANCISCA. ¡Adiós!

Salen riéndose, sin disimulo.

GERTRUDIS. *(Tirando el libro para donde salieron las primas.)* Culebras analfabetas.

MANUEL. *(Recoge el libro; se lo entrega a Gertrudis.)* Todo es por tu culpa.

DOÑA FRANCISCA. Nos reprochan la muerte de papá.

GERTRUDIS. Mi abuelo murió por sus diferencias con don Isidoro...

DOÑA FRANCISCA. ¡Tula! ¡Ya te lo dije bien claro!

GERTRUDIS. Perdone, mamá, pero es la verdad y su hermano y mis primas, que siempre han envidiado la predilección del abuelo por usted y por mí, se aprovechan para tratar de robarnos la herencia...

DOÑA FRANCISCA. ¡Dios mío! ¡¿Qué voy a hacer?! Pero, bueno, quiero hablarles de otra cosa, ya hemos tomado una decisión y de eso deseaba hablarles. Don Isidoro y yo hemos resuelto trasladarnos a España.

Gertrudis y Manuel hablan al unísono.

MANUEL. <i>(No recibe la noticia con felicidad.)</i> Pero usted siempre ha dicho que no...	GERTRUDIS. <i>(Feliz.)</i> ¡¿A España?!
---	--

DOÑA FRANCISCA. Pronto estaremos viajando.

GERTRUDIS. ¡Mientras más pronto salgamos de esta villa, mejor!

MANUEL. ¿Y por qué ese cambio suyo en cuanto a este viaje?

DOÑA FRANCISCA. Hace un tiempo que don Isidoro anda quebrantado de salud y hemos venido contemplando ciertas posibilidades; el momento no había llegado, pero ahora las cosas son distintas...

GERTRUDIS. *(Interrumpiendo.)* Sí, sí, España es donde todo puede suceder.

DOÑA FRANCISCA. Espero que allá sepas comportarte.

MANUEL. ¿Cuándo partimos?

DOÑA FRANCISCA. Deben comenzar a prepararse para el viaje.

GERTRUDIS. ¿Y la fortuna que nos dejó papá?

DOÑA FRANCISCA. Para comenzar no es una fortuna enorme y, segundo, seguiré administrando ese dinero, como hasta ahora. Por el momento, preocupense solamente en preparar las cosas del viaje. Tenemos que empacar todo lo que vamos a llevar y vender el resto...

GERTRUDIS. ¿Qué llevaremos?...

DOÑA FRANCISCA. No nos podemos presentar en España con las cosas de esta isla. ¡Qué horror! *(Se persigna.)* Con mucha razón, don Isidoro dice que seríamos el hazmerreír de toda la corte.

GERTRUDIS. Yo pienso que...

DOÑA FRANCISCA: Imagínense la vergüenza a que someteríamos a su padre... Bastante escándalo hemos tenido ya.

GERTRUDIS. Mamá, don Isidoro no es nuestro padre. Mi padre no se avergonzaría de nada de eso.

DOÑA FRANCISCA. Ya, ya. Comenzaremos a recoger y empaquetar mañana mismo. Vuestro pa... Isidoro ha dispuesto todo para que partamos en dos meses. Ya ha

hablado con varias personas y es muy probable que esta misma semana comiencen a llevarse cosas de la casa.

GERTRUDIS y MANUEL. ¿Y Nina?

DOÑA FRANCISCA. Conservaremos hasta el momento del viaje únicamente a los negros que sean necesarios...

GERTRUDIS. ¿Y Seba?

DOÑA FRANCISCA. Nina se quedará hasta el final y después veremos lo que decide Isidoro.

GERTRUDIS. ¿Y Seba?

DOÑA FRANCISCA. Es un negro joven y fuerte. Seguramente irá a parar a un buen amo.

GERTRUDIS. Podríamos liberarlos, a los dos.

MANUEL. Sí, es una buena opción.

DOÑA FRANCISCA. Es una decisión que le corresponde a don Isidoro, pero les quiero advertir que hay que ver las cosas con los pies en la tierra y que el viaje a España es sumamente costoso.

Gertrudis y Manuel están tristes. Por sus mentes pasa el cariño hacia Nina y a otros negros, a todo lo que les rodea, pero no dicen nada. Gertrudis se siente feliz, al mismo tiempo que desconsolada, entre otras cosas por Seba.

GERTRUDIS. Déjame ser yo la que se lo diga.

Doña Francisca sale. Entra Nina y se abraza a Gertrudis. Manuel se abraza a las dos. Es una escena corta, pero intensa; silenciosa, sin llantos. Entra Seba, triste, y se queda apartado. Manuel y Nina salen. Seba y Gertrudis se abrazan apasionadamente.

Burdeos

Sin que haya un apagón, comienza el movimiento propio de un puerto de 1836. Este podría hacerse con vistas fijas o con videos que se ven por todo el escenario, por toda la sala;

incluso sobre el público. O también usando hologramas. Gertrudis y Manuel están en el muelle, felices. Lo miran todo con ojos ávidos. El ser sensible de Gertrudis se llena de emociones con todo lo que la rodea. Parece transportada a otra dimensión. Nina va cargando alguna maleta de Gertrudis, pero notamos que, desde ahora, no se comporta ni habla como la esclava de antes. Porque en España, Nina solo existe en la mente de Gertrudis. Le corresponde a la creación del director resolver adecuadamente este asunto de que Nina es ahora un personaje de la imaginación, pero que no está muerta.

GERTRUDIS. *(Usando los aretes que le diera Seba.)* ¡Dios! Es más intenso de lo que siempre imaginé. *(Saca un libro para apuntes y escribe, allí mismo, en el medio de la acción del muelle.)*

MANUEL. Deja de escribir.

GERTRUDIS. Manuel, estamos en otro mundo, ¿no te das cuenta?! Tengo que tomar notas, quién sabe si sale una poesía o una novela de estas emociones. *(Súbitamente, Gertrudis comienza a sollozar.)*

MANUEL. ¡Tula! ¡Tula! ¡¿Qué te pasa?!

GERTRUDIS. *(Entre sollozos y risas al mismo tiempo.)* Era lo que quería. ¡Ay, no! ¡No! ¿Cuándo volveremos a Cuba? ¡No debimos habernos ido! ¡Nina! ¡Seba! Ay, Manolito, ¿habremos hecho lo correcto? ¡Ay, qué lindo es todo! ¡Cuánto me alegro de estar aquí!

La Coruña

Esta escena se interrelaciona normalmente con la anterior del muelle, sin embargo, el tiempo ha transcurrido.

Entran dos parientas de don Isidoro. Son dos mujeres sin clase que, no obstante, se creen superiores. Destellan ironía.

PARIENTA I. ¿Cómo está, doctora?

PARIENTA II. Ah, su alteza real, la infanta indiana.

Gertrudis y Manuel se quedan sin moverse, parecen piedras. Gertrudis centellea ira. Se aprieta un puño y para contenerse da golpecitos sobre su cuerpo o contra el libro que lleva. Se muerde los labios. Las parientas la asedian, como el torero con el capote al toro. Manuel está impávido.

PARIENTA I. Vinimos a buscarte para que nos ayudes en las labores de la casa.

PARIENTA II. ¿Qué sabes hacer? De acuerdo a lo que sepas te daremos la labor.

PARIENTA I. ¿Sabes lavar o hacer calcetas?

PARIENTA II. ¿Planchar o fregar la loza?

PARIENTA I. Coruña no es Puerto Príncipe, una ciudad donde usted se creía la gran duquesa, pero usted, doctora, en España, donde no tiene esclavos, tendrá que aprender las labores propias que le podrán llevar a un buen matrimonio.

PARIENTA II. ¡Déjala, pobrecita! La doctora tiene que tener tiempo para cultivarse. No te has dado cuenta de que se encierra en su habitación y se la pasa leyendo y escribiendo. Nadie puede molestar a la doctora mientras escribe. Además, ¿qué va a hacer?, si es buena para nada de lo que le corresponde. No sabe hacer su cama ni barrer su cuarto.

PARIENTA I. Su Majestad, me puede recomendar alguna lectura. Rasiuin, quizás.

GERTRUDIS. *(Su furia llega al máximo y reacciona sorpresivamente. Se lanza sobre una de las parientas y casi la tumba tratando de restregarle violentamente en la cara el libro que tiene en las manos.)* ¡Rousseau!, pero esa no es lectura para niñas católicas analfabetas.

Manuel ha actuado rápidamente y saca a Gertrudis de encima de la parienta, impidiendo que la golpee como pretendía. Gertrudis está furiosa, queriendo alcanzarla con sus manos, mientras Manuel la detiene y las parientas están sorprendidas y acobardadas.

PARIENTA II. ¿Por qué no te regresas a tu isla?

PARIENTA I. Con tus esclavos.

GERTRUDIS. Para eso las tengo a ustedes, para que me sirvan.

PARIENTA I y II. Eres una salvaje.

Las parientas salen miedosas e impotentes.

MANUEL. No puedes ponerte a la altura de ellas. Tienes que entender que las parientas de don Isidoro no están acostumbradas a que una mujer sepa escribir.

GERTRUDIS. *(Imitando a las parientas con voz fingida.)* «¡La doctora! ¡La doctora!», me lo dicen constantemente para hacerme quedar en ridículo. No sabes lo que he sufrido con estas tipejas; hasta le pegaron a una sirvienta porque dijo que yo era una señorita encantadora... Se burlan de mí porque escribo... Dicen que soy atea porque leo a Rousseau. ¡No las soporto! ¡Que no se me acerquen!

MANUEL. *(Trata de calmarla.)* Están muertas de envidia; imagínate, vienes tú, una cubana de allende, culta y para colmo con un enjambre de admiradores tras de ti...

GERTRUDIS. *(Calmándose.)* Ninguno ha conseguido interesarme.

Manuel sale, mientras entra Luisa Pérez de Zambrana. Se saludan afectuosamente. Entra don José Ramón y se queda en segundo plano, paseándose nervioso con la corona de laurel en la mano. Es de oro.

GERTRUDIS. Te ves muy bien.

LUISA PÉREZ. No te quedas atrás.

GERTRUDIS. Tenemos tanto de que hablar.

LUISA PÉREZ. Cuéntame, ¿qué haces ahora?

GERTRUDIS. Luisa, querida amiga mía, como sabes, siempre tengo algo en mente. En estos momentos estoy enfrascada en una novela que creo que titularé *Espatolino*; me tiene emocionadísima; no me deja dormir, me da vueltas y vueltas en la cabeza, no hago más que pensar en ella, me parece que es lo mejor que he escrito.

LUISA PEREZ. Bueno, hasta el momento.

GERTRUDIS. También escribo unos versos.

LUISA PÉREZ. Pero, muchacha, deja descansar esa pluma, si acabas de estrenar una obra de teatro, y con mucho éxito, según me han contado.

GERTFUDIS. No puedo detenerme. Mientras más leo y escribo, más quiero leer y escribir, y nunca quedo contenta. Hago cambios por aquí y por allá, y de nuevo vuelvo a hacer cambios.

LUISA PÉREZ. (*Cómplice.*) Escribir es vivir todas las emociones imaginables.

GERTRUDIS. Sí.

Esta escena queda sin terminar, se rompe abruptamente. Luisa y don José Ramón salen al mismo tiempo, mientras entra Ricafort.

GERTRUDIS. (*Ahora sexual.*) Te amo.

FRANCISCO RICAFORT. ¡Cásate conmigo! (*La abraza. Ella se deja.*)

GERTRUDIS. No te apresures.

RICAFORT. Me quemó de amor y pasión por ti.

GERTRUDIS. Yo también, pero hay muchas cosas en que pensar.

RICAFORT. ¿Como qué?

GERTRUDIS. Que no te gusta mi afición al estudio.

RICAFORT. No es bien visto en nuestra sociedad que una mujer...

GERTRUDIS. (*Interrumpiéndolo.*) Sea una escritora y tenga sus principios...

RICAFORT. Entiende, por favor. Soy un Ricafort, el hijo del Capitán General de Galicia.

GERTRUDIS. ¡¿Y eso qué tiene que ver?!

RICAFORT. Ves como no quieres entender. Van a afirmar que eres superior a mí.

GERTRUDIS. Ese es otro motivo. Tú mismo azuzas el fuego; te la pasas diciendo que soy muy altiva y que eres un infortunado por nuestra relación.

RICAFORT. Entiéndeme.

GERTRUDIS. Eres tú el que no me entiende. Hablas de mí, pero no quieres aceptar que eres más altivo que yo.

RICAFORT. ¡¿Tú crees?!

GERTRUDIS. (*Cambia. Cariñosa, seductora.*) Un matrimonio exige una pequeña fortuna. Recuerda, mi amor, acordamos que no vamos a pedirle dinero a nadie para nuestro futuro y en este momento no tenemos medios económicos propios. Y, sobre todo,

¿cómo decírtelo?, quiero que me entiendas bien porque tú no me entiendes. Amor, no tengo afición por el matrimonio.

RICAFORT. Entonces no juegues con mis sentimientos.

GERTRUDIS. Te amo, créemelo, pero no hablemos más de matrimonio. Me angustias siempre que me lo pides.

RICAFORT. *(Se impacienta por impotente.)* Por supuesto que no te entiendo. Dices que no deseas casarte, pero que me amas.

GERTRUDIS. ¿Qué tiene que ver el amor con los compromisos de la sociedad?

RICAFORT. Soy un militar. *(No sabe cómo volver a explicarle lo que considera claro.)* Tengo una posición social y de soldado que cuidar, piensa en las actuales circunstancias de los militares en la Guerra Carlista; este no es el momento para romper tradiciones.

GERTRUDIS. Mi vida, no te escudes en la honra de los militares de la Guerra Carlista, que esa guerra no es otra cosa que el mejor ejemplo de la avaricia y las traiciones de un mundo de intrigas entre parientes y políticos ambiciosos.

RICAFORT. Vamos a casarnos.

GERTRUDIS. Por favor, no insistas en lo mismo.

RICAFORT. *(Cambio. Enérgico.)* Deja de jugar y compórtate como te corresponde para que me merezcas.

En el mismo momento en que Gertrudis reacciona visiblemente molesta a este fuerte comentario y se aparta de Ricafort, entra Manuel. Ricafort queda en escena, pero poco a poco va desvaneciéndose hasta desaparecer.

GERTRUDIS. ¡Vámonos a Constantina!

MANUEL. Me duele separarme de mamá.

GERTRUDIS. Mamá se quedará con don Isidoro y sus otros hijos...

MANUEL. No sé...

GERTRUDIS. Iremos para la casa del tío don Felipe. Es el pueblo de papá.

MANUEL. Siempre hago lo que quieres. *(Sale.)*

Sevilla, 1839

GERTRUDIS. *(Escribe, tratando de componer un verso. En voz alta trata de encontrar la rima. Repite.)* En la aurora lisonjera. De mi juventud florida. En aquella edad primera... *(No avanza en el verso. Piensa. Trata de escribir. No avanza.)*

Entra Manuel.

MANUEL. Vaya, al fin lo que soñabas.

GERTRUDIS. ¡Sí, Sevilla! No nos fue como deseábamos en la casa del tío don Felipe.

MANUEL. ¿¿Deseábamos dijiste?!

GERTRUDIS. El tío deseaba casarme con aquel zángano.

MANUEL. Pero, como siempre, tú supiste salir del apuro.

GERTRUDIS. Sí, contigo no puedo contar nunca; estabas de viaje y tuve que ingeniármelas para resolver el inconveniente.

MANUEL. No me necesitabas, hermana mía... Estabas cercada de hombres.

GERTRUDIS. No soy una pazguata como otras mujeres. Bailo con el mejor danzador; en un paseo, voy con el que mejor monte un caballo; y en una tertulia me interesa el que tenga la conversación más amena y variada. Si ellos se creen otra cosa, no me importa. Y no voy a permitir que nadie, ni siquiera tú, se meta.

MANUEL. Tú, tú eres tremenda. ¿Y ahora qué?

GERTRUDIS. He asumido mi destino de escritora y conociéndome, como me conoces, debes confiar más en mi astucia y talento para conquistar Sevilla primero y después a toda España.

MANUEL. ¡Tus criterios no te van a ayudar mucho!

GERTRUDIS. ¡No seas tan predicador! Te tengo una sorpresa... No, mejor no te digo nada... Ya lo sabrás a su debido tiempo.

MANUEL. Ahora me tienes que decir, de lo contrario... *(Le hace cosquilla.)*

GERTRUDIS. *(Habla entre la carcajada que le provoca la cosquilla.)* Estoy escribiendo una novela... La titularé *Sab*. Es un esclavo enamorado de una joven blanca, hija del amo. *(Cesa la cosquilla y la risa.)*

MANUEL. ¡Claro que estás loca! ¡Loquísima!

GERTRUDIS. Pronto saldrá publicado mi primer poemario.

En este momento, como un suceso extraño dentro de la misma escena, como una aparición, entra Ignacio de Cepeda, un aristócrata andaluz, cauto, indeciso, algo oculta en su ser interno. Gertrudis queda impresionadísima. Existe un magnetismo de Gertrudis hacia Ignacio. Se acerca a él, parece que vuela en lugar de caminar. Él la saluda como corresponde a un caballero. Quedan mirándose, sobre todo Gertrudis, que parece hipnotizada y casi no se da cuenta cuando él sale. Es una escena de mucho romanticismo y erotismo de parte de Gertrudis.

MANUEL. *(Al salir Cepeda.)* ¡Es Ignacio de Cepeda! Pareciera que te tiene miedo.

GERTRUDIS. ¿Por qué? Si soy su esclava.

MANUEL. Por eso mismo.

GERTRUDIS. Es el hombre que he buscado desde siempre. Mi vida ahora no es la de hace un segundo. Lo he soñado y llegó.

MANUEL. Se dice que el joven Méndez Vigo actúa como un loco por tu desamor...

NINA. *(Aparece mágicamente.)* Seba se suicidó.

GERTRUDIS. ¡¿Seba?!

NINA. Se ahorcó.

GERTRUDIS. ¿Qué más sabes?

NINA. Le pidió permiso a su nuevo amo para venir a verme. Llegó a la casa, directamente al mismo cuarto donde ustedes siempre se veían. Fui yo la que lo descubrió.

GERTRUDIS. *(En un grito bajo, profundo.)* ¡Seba! ¡Nooo! ¡Noooo! *(Cambio súbito. A Manuel, que no se ha dado cuenta de esta escena.)* ¿Ves? Siempre las mujeres somos las culpables. Las mujeres no deben... Las mujeres deben... Las mujeres esto... Las mujeres lo otro...

MANUEL. No eres una desconocida, y ahora, para colmo de males, la fundadora de *La Ilustración. Álbum de Damas*.

GERTRUDIS. ¿Qué he hecho de malo?

NINA. Casi nada.

MANUEL. Esa es la primera publicación dirigida por mujeres en toda Europa. *(Remedándola.)* ¡¿Qué he hecho de malo?! ¡¿Qué he hecho de malo?! Eso es cosa de hombres y todos van a ponerse en tu contra.

GERTRUDIS. Y tú no me entiendes y como todo el mundo continúas insistiendo en lo mismo.

MANUEL. ¿No te hace reflexionar todo eso? Tienes treinta y un años.

GERTRUDIS. Manuel, déjame, por favor. Quiero escribir. No tengo ánimos para otra cosa.

Manuel sale. Gertrudis se queda con Nina.

GERTRUDIS. *(Saca los aretes que Seba le regaló. Se los pone.)* Cuéntame más sobre Seba.

NINA. *(Enseñándole una carta.)* Encontré esta carta a sus pies de ahorcado. Está dirigida a ti, Tula. *(Le entrega la carta. Gertrudis la aprieta contra sí, y rápido la guarda en su ropa.)* Nadie sabe que la dejó.

GERTRUDIS. Yo lo quise, a mi manera.

Inesperadamente y con mal talante entra José Fornaris. Se dirige directamente adonde está Gertrudis. Luisa Pérez de Zambrana entra y observa la escena, junto a Nina, desde un segundo plano.

JOSÉ FORNARIS. Vengo a exigirte que no vayas a La Habana.

GERTRUDIS. ¿Y quién es usted para tal atrevimiento?

JOSÉ FORNARIS. No eres digna de ser coronada en ningún lugar de América.

GERTRUDIS. ¡¿Qué dice?!

JOSÉ FORNARIS. ¡Que no eres americana! Escríbele a don José Ramón y dile que no irás, que por indigna no aceptas el honor.

GERTRUDIS. ¡¿Cómo se atreve a tutearme?! Lárguese. Váyase.

JOSÉ FORNARIS. Me das asco.

GERTRUDIS. Usted es un insolente. ¡Ya le dije, retírese!

JOSÉ FORNARIS. Te lo advierto.

GERTRUDIS. ¿Quién es usted para advertirme nada?

JOSÉ FORNARIS. No vayas a Cuba.

GERTRUDIS. Ya le pregunté repetidamente, ¿quién es usted para advertirme o prohibirme algo?

JOSÉ FORNARIS. ¡Renuncia!

GERTRUDIS. ¿O qué?

JOSÉ FORNARIS. Vamos a impedir ese reconocimiento que deshonra la patria. *(Se dirige a Luisa Pérez de Zambrana.)* No lo haga, por favor.

LUISA PÉREZ. Señor mío, habría que analizar si las artes tienen algo que ver con la política local.

Fornaris sale tan impetuosamente como entró. Gertrudis parece despertar de un mal sueño.

GERTRUDIS. ¡Qué pesadilla tan horrible!

LUISA PÉREZ. *(Acercándosele.)* Te veo asustada.

NINA. ¿Qué fue?

GERTRUDIS. Tuve un mal sueño. Un hombre que no conozco entró y me amenazó. Dijo que iba a impedir mi regreso a Cuba.

NINA. Fue eso, un sueño malo.

LUISA PEREZ. No le hagas caso.

GERTRUDIS. Algún día remoto, ¿quién sabe? Yo vuelva a atravesar los mares, a Cuba, y tú, Cepeda, aquí quedarás, ¿por qué, pues, rehúsas verme? ¿Quién asegura que al dejar a alguien querido lo podamos volver a ver? Y en esta horrible duda, en esta posibilidad terrible de una separación es que yo vivo. Tú. ¡Ay, Cepeda, tú! Otro hombre en tu lugar se sentiría lisonjeado por mi amor. *(Sale con Nina.)*

En el mismo instante en que sale Gertrudis entra don José Ramón Betancourt.

DON JOSÉ RAMÓN. *(A Luisa.)* Y no llega... ¿Le habrá sucedido algo?

LUISA PÉREZ. Todavía no es hora.

DON JOSÉ RAMÓN. Sabe que todos la esperamos... ¿Será que tiene a menos nuestro Liceo? ¿Sabía usted que hasta la consideraron para la Real Academia? Ella, una mujer... *(Se da cuenta del error.)* No es que las mujeres no tengan derecho... Usted misma, doña Luisa, es digna de eso y más, pero...

LUISA PÉREZ. No se preocupe... Claro que tenemos nuestros derechos.

Gertrudis y Manuel.

GERTRUDIS. *(En algún lugar del escenario.)* Una vez por semana, solamente te veré una vez por semana... Bien, a mí, ya lo ves, Cepeda, me arrastra mi corazón. No sé emplear contigo el lenguaje moderado que deseas y que empleas, pero en todo lo demás seré dócil a tu voz como un niño a la de su madre.

MANUEL. Eres más importante que él.

GERTRUDIS. Estoy a sus pies...

MANUEL. No debes...

GERTRUDIS. Sé que me vas a criticar, pero he vuelto a posponer el estreno de la obra para que él asista.

MANUEL. La verdad, no te reconozco.

GERTRUDIS. No deseo estrenar sin la presencia de Cepeda. Es el hombre que más he amado en mi vida.

MANUEL. Estás yendo muy lejos.

GERTRUDIS. ¿Y crees que no quiero sacarme esta pasión insensata de adentro?

MANUEL. Me enfurece ver que no responde a tu amor y que te esquivas.

GERTRUDIS. Si yo fuera hombre, como él, y encontrase en una mujer el alma que me anima, adoraría a esa mujer.

MANUEL. Él no es un verdadero hombre.

GERTRUDIS. No te lo permito.

MANUEL. Sabes que tengo la razón.

GERTRUDIS. Eres como todos y no lo puedes entender. Cepeda es un ser sensible, que le teme a la humanidad que le ha hecho daño. Tal como me lo ha hecho a mí. Somos iguales. Sentimos igual.

MANUEL. Entonces, Tula, ¿por qué estás comprometida con Antonio?

GERTRUDIS. Estoy con Méndez Vigo porque me ama, como no me ama él.

MANUEL. Dice que se va a suicidar si no te casas con él.

GERTRUDIS. Seré una buena esposa.

MANUEL. Sabes que te apoyaré, hagas lo que hagas. *(Sale.)*

Gertrudis queda sola, ni ella misma sabe qué siente o qué desea. Cambia de un estado de ánimo a otro. Durante el monólogo se recuesta bruscamente contra la pared, se aprieta contra el libro. Indiscriminadamente habla a Dios, a Cepeda y a sí misma; sin embargo, no se capta exageración sino un sentimiento contenido.

GERTRUDIS. *(Como suele, tiene un libro en sus manos, con el cual juega mientras habla.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío! No te das cuenta de que estoy huyendo del otro. Es una fuerza extraña y caprichosa y me estremezco cuando pienso en él, cuando la locura me lleva a saber que no puedo dejar de amarlo. Por Dios, no me juzguen; Cepeda es el hombre que amo, pero se aleja de mí, es frío. ¿Por qué me huyes? ¡Ay, Dios mío!, ¿por qué él no me ama? Hasta ahora el matrimonio no era una opción como lo es ahora. Me acusan de ser un escándalo en toda Sevilla. Cepeda. Cepeda. Perro, miserable, no puedo vivir sin ti. Me acusan de coqueta, de ligera... ¿por qué no me entienden? Es verdad, he tenido algunos novios... ¡¿Dios, qué hago?! Nunca le he mentado a nadie y no lo haré ahora. Mi franqueza hacia Cepeda es insuperable, lo amo... Se lo digo y no me responde como deseo, pero, pero haré lo que tengo que hacer. Concluiré el compromiso y no me casaré con Méndez Vigo. No me abandones, Dios. Virgen Santa, ayúdame a pasar este cáliz.

Parece estar destruida, sin fuerzas para seguir. Piensa. Silencio largo, mientras llega el oscuro que pone

fin al primer acto

SEGUNDO ACTO

El Liceo de Madrid. Es 1840. Poetas y literatos españoles llenan la sala, junto a caballeros y damas de la alcurnia madrileña. Todos hablan y ríen al mismo tiempo y no se entiende nada de lo que se dice.

JOSÉ ZORRILLA. ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Callad! ¡Por favor!

Algunos de los presentes comienzan a gritar «¡Silencio!»; que se va haciendo, mientras todos rodean a Zorrilla.

JOSÉ ZORRILLA. ¡Callad! ¡Oídmeme! ¡Oídmeme!

VOCES. ¡Por favor, atención! ¡Silencio!

JOSE ZORRILLA. No encuentro paz, ni me permiten guerra;

De fuego devorado, sufro el frío;
Abrazo un mundo, y quédome vacío;
Me lanzo al cielo, y préndeme la tierra;
Ni libre soy, ni la prisión me encierra;
Veo sin luz, sin voz hablar ansío;
Temo sin esperar, sin placer río;
Nada me da valor, nada me aterra.
Busco el peligro cuando auxilio imploro;
Al sentirme morir me encuentro fuerte;
Valiente pienso ser, y débil lloro;
Cumple así mi extraordinaria suerte;
Siempre a los pies de la beldad que adoro,
Y no quiere mi vida ni mi muerte.

La audiencia rompe en vivas y bravos. Aplauden. Zorrilla, el gran romántico, está complacido. Pide silencio con gestos.

ZORRILLA. Caballeros, encantadoras damas, amigos, doncellas a las que beso sus pies, les debo aclarar: no soy yo el autor de este soneto. Yo me conformo con haber escrito el *Don Juan*, aunque explico que nada tiene que ver con mi vida privada. *(Risas y comentarios.)* Créanme, por favor, yo, José Zorrilla, soy un casto admirador de las damas, que en nada se parece a ese enamorado licencioso que ha salido de mi pluma. *(Más risas.)* Permítanme presentarles a la autora de esos versos. *(Señalando hacia Gertrudis, que se encuentra en medio de los presentes.)* ¡Gertrudis Gómez de Avellaneda, la cubana que ha venido a revolucionar la literatura española! ¡Viva España! ¡Viva América!

Gertrudis, en medio de aplausos, camina hacia Zorrilla, que la saluda afectuosamente, como corresponde a la época y al lugar. Gertrudis está radiante de felicidad. Es su entrada a la literatura española por la puerta grande. Juan Nicasio Gallego se acerca.

JUAN NICASIO GALLEGO. Un aplauso, un aplauso merecido. ¡Señores! ¡Damas y caballeros! Demos otro gran aplauso a la nueva voz del Romanticismo español y de las Américas.

Se oyen aplausos y voces de aprobación.

JUAN NICASIO GALLEGO. Todo en tu canto es armonioso, aún me cuesta trabajo reconocer que los escribió una mujer.

GERTRUDIS. Lo soy, lo soy.

ZORRILLA. Además, Juan Nicasio, una cubanita bellísima.

JUAN NICASIO GALLEGO. Ya lo sé, Zorrilla, ya lo sé, que no soy ciego.

GERTRUDIS. Gracias maestro. Usted, Juan Nicasio Gallego, es uno de mis poetas preferidos.

Entra Gabriel García Tassara. Se acerca a felicitar a Gertrudis.

JUAN NICASIO GALLEGO. Es el poeta andaluz Gabriel García Tassara.

GERTRUDIS. *(Lo mira complacida.)* Mucho gusto.

GABRIEL GARCÍA TASSARA. A sus pies.

Juan Nicasio Gallego sale y García Tassara lo sigue. Se acerca el comentarista del periódico La Época.

COMENTARISTA. Doña Gertrudis.

GERTRUDIS. ¡¿Sí?!

COMENTARISTA. Soy el comentarista del periódico *La Época*.

GERTRUDIS. ¿Cómo está? Es un gusto conocerlo.

COMENTARISTA. ¿Leyó mi comentario?

GERTRUDIS. Sí, sí, claro, muy amable de su parte todo lo que escribió.

COMENTARISTA. No, no es amabilidad, es la verdad. *La aventurera* es uno de los éxitos más brillantes y legítimos que ha presenciado cualquier teatro de Madrid.

GERTRUDIS. *(Muy halagada.)* Muchas gracias.

COMENTARISTA. Otro éxito que se une a su *Saúl* y a las demás. Me honra saludarla. *(Besa la mano de Gertrudis y se retira.)*

GERTRUDIS. Muchas gracias. *(Cambio súbito.)* ¡Ay, Cepeda! ¡Si tan solo estuvieras aquí! ¡Ay, Cepeda! No estuviste anoche, no viniste a verme. Me huyes y yo no puedo arrancarme esta pasión. *(Mira hacia donde está Tassara. Cambia.)* Gabriel, me gusta ese nombre. Gabriel García Tassara.

Gertrudis se aparta del grupo y comienza a tocarse eróticamente. Mete su mano debajo del vestido y se acaricia los senos. Queda sola, en medio del grupo, y se masturba, cuando Gabriel García Tassara se le acerca. Comienzan a besarse. Él la posee, lleno de fuego y pasión. Ella responde apasionadamente. Gritan de placer. Es una fuerte escena de sexo, que comienza a mezclarse con la siguiente, que sucede al mismo tiempo. El público asistente al Liceo, que nunca ha salido de escena, se convierte en los invitados a una

orgiástica fiesta en el Palacio Real de Madrid. Algunos de los presentes están completamente desnudos. Téngase presente que, según el escritor francés Merimée, bajo el reinado de la licenciosa Isabel II, casada con el no menos licencioso don Francisco de Asís, existió «un ambiente de relajación de la moral tradicional. De Palacio, sin duda, salían ejemplos poco convencionales».

La música de la época es tocada por los mismos músicos negros del principio de la obra. Ahora, en la corte española no dejan de ser un toque raro, pero nunca grotesco.

Después del sexo, Tassara desaparece, mientras Gertrudis baila y coquetea con algunos hombres. Isabel II se divierte con el apuesto amante de turno y su Rey Consorte, don Francisco de Asís, no se queda atrás, divirtiéndose con alguna mujer. Los asistentes a la fiesta van retirándose y la escena va quedando vacía. Se va perfilando la figura de un hombre que no baila y que está mirando fijamente a Gertrudis. Se acerca a ella. Es Tassara. Ya no queda nadie en el salón. Ahora es la casa de Gertrudis en Madrid.

GERTRUDIS. Hola mi amor. Me consumía el deseo de verte. Hasta llegué a pensar que hoy no te vería.

TASSARA. *(La besa tiernamente.)* Aquí estoy.

GERTRUDIS. ¿Sabes de qué tengo ganas? Quiero dar una vuelta por Madrid. La ciudad es más hermosa cuando la veo de tu brazo.

TASSARA. ¿Leíste mis poemas?

GERTRUDIS. Sí.

TASSARA. ¿Qué te parecieron?

GERTRUDIS. Vamos. Nos comeremos unos churros y allí podremos hablar.

Tassara se esfuma mientras Gertrudis enciende un tabaco, agarra un libro y se sienta a leer. Comienza a escribir. Vuelve a aquel poema del primer acto, en Sevilla, que no terminó de componer. Todavía no logra escribirlo.

GERTRUDIS. En la aurora lisonjera

de mi juventud florida,
en aquella edad primera
—breve y dulce primavera,
de tantas flores vestida—
recuerdo que cierto día
vagaba con lento paso...

(Busca cómo continuar.) Vagaba con lento paso... *(Se traba.)* Recuerdo que cierto día, vagaba con lento paso...

A Gertrudis no le es fácil avanzar en su creación. Se desespera en el mismo momento en que entra Luisa Pérez de Zambrana. La escena de esta conversación es la misma que antes había sido truncada. Don José Ramón también entra y se mantiene en un segundo plano, paseándose con la corona de laurel de oro en la mano.

LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA. Somos tan distintas.

GERTRUDIS. Sí, mosquetera.

LUISA PÉREZ. ¡¿Yo?! ¡¿Mosquetera?!

GERTRUDIS. *(Divertida.)* Tú, la Condesa de Merlín y yo. Somos las tres mosqueteras guajiras.

Don José Ramón sale sin interrumpir la escena.

LUISA PÉREZ. ¡Si te oye Dumas! Gracias por incluirme, sin embargo yo no pertenezco a ese grupo de cubanas privilegiadas. Tú, ni se diga, ¡la suprema escritora! y la Condesa de Merlín, además de ser famosa por sus crónicas y su hermosa voz de soprano, es un fenómeno en la alta sociedad francesa. Oye, por cierto, hasta mí han llegado noticias de que sus salones de la calle de Bondy son punto de reunión de los más destacados políticos y banqueros; que es donde se reúnen los escritores y artistas más famosos. ¡Cómo me gustaría asistir a esas reuniones! Con Ramón, ni aunque viviéramos en París. Ese marido mío es reacio a las fiestas. Cuéntame, ¿es verdad que celebridades como Víctor Hugo, Musset y Lamartine van a casa de la

Condesa? ¡Ay, se oyen tantas cosas! Hasta me dijeron que Honorato de Balzac le dedicó uno de sus libros. Oye, por cierto, habrás oído el rumor de que María Teresa, la madre de la Condesa es... es, ¡¿ay, cómo te lo digo?!

GERTRUDIS. La amante de José I. *(Se ríe pícaramente.)* Pepe Botella le hace olvidar su viudez, pero, realmente, ¡a quién le importa! Nosotras a lo nuestro. Mi querida Luisa, en este momento, en toda Europa, no hay tres escritoras prestigiosas en un solo país, como en nuestra pequeña Isla, aunque hay que reconocer que dos somos algo apasionadas y tú, una esposa abnegada. ¡Al César lo que es del César!

LUISA PÉREZ. Sí. Tú y la Condesa viven en un mundo que para mí es solo una fantasía. No, no, ¡qué va! La verdad es que no puedo comparar mi trabajo con la maestría en el ejercicio del arte poético que tú dominas. Tu poesía y la mía son tan distintas.

GERTRUDIS. Has cantado a la campiña como nadie.

LUISA PÉREZ. Nunca he salido de esta isla.

GERTRUDIS. En esa isla está mi corazón. Tú tienes tu destino, yo el mío.

Luisa y Gertrudis se despiden de beso. Gertrudis sale en el mismo instante en que entran la Condesa de Santovenia y don José Ramón Betancourt. Gertrudis se saluda de abrazo y beso con la Condesa y se inclina cortésmente frente a don José Ramón, que saluda como corresponde.

CONDESA DE SANTOVENIA. ¡Qué bien se ve! *(A don José Ramón.)* Espero que no salgan con una corona de esas, regionalista; llena de plátanos y mangos.

LUISA PÉREZ. ¡Tiene que ser algo exquisito!

CONDESA. ¡Qué horror! ¡No soporto la incultura de esta isla!

LUISA PÉREZ. *(Asustada.)* Don José Ramón, ¿es verdad lo que dice la Condesa de Santovenia?

DON JOSÉ RAMÓN. Se están diciendo muchas cosas que no corresponden a la realidad.

CONDESA. ¿De sus hombres o de su poesía?

DON JOSÉ RAMÓN. De ambas cosas.

LUISA PÉREZ. Se le tiene mucha envidia.

CONDESA. *(A Luisa.)* ¿Qué piensas de ella?

DON JOSÉ RAMÓN. Nadie ha logrado entenderla.

A continuación hay un juego en que la acción no se detiene ni se interrumpe. En Madrid, Tassara y Gertrudis están besándose apasionadamente. En medio de ese placer, Gertrudis grita: «Cepeda, Cepeda, mi amor, Cepeda». Tassara la empuja frustrado y le dice furioso: «¡Cállate! ¡Cállate!». El juego continúa con dos diálogos simultáneos: los dos amantes vuelven a la escena anterior, cuando iban a pasear por Madrid, como si no se hubiese roto. Por el otro lado, sigue la acción y el diálogo que venía ocurriendo, en La Habana.

TASSARA. ¿Qué te parecieron mis poesías?

GERTRUDIS. Están bien

TASSARA. ¡¿Bien?! ¿Ese es todo tu comentario?

DON JOSÉ RAMÓN. (*Ansioso.*) ¿Usted ha hablado con ella últimamente?

LUISA PÉREZ. Naturalmente. Varias veces. Hemos hablado de todo.	GERTRUDIS. Te seré franca.
LUISA PÉREZ. ¿Sabe que le encantan los frijoles negros?	GERTRUDIS. No hay pasión en tus versos.
LUISA PÉREZ. Yo le di la receta de una de mis esclavas.	GERTRUDIS. Son fríos como tú conmigo últimamente.
LUISA PÉREZ. Yo, como cocinera, soy regularcita.	TASSARA. Vaya, dime, dime que son malos.

GERTRUDIS. No pienso eso.

CONDESA. Yo hago un dulce de toronja delicioso.

TASSARA. ¡¿Entonces?! ¿Cuál es tu recomendación? ¿Los tiro a la basura?

CONDESA. Es facilísimo. Selecciono las toronjas y se las doy a esta esclava que tengo; antes ella estaba en un ingenio, cerca de Remedios, y ella las pela y las mete a hervir y luego les hace un tratamiento que el dulce me queda riquísimo.

LUISA PEREZ. Tienes que darme la receta.	GERTRUDIS. Vamos a trabajarlos. Los leeremos para que no parezcan demasiado pesimistas.
DON JOSE RAMÓN. ¿Y de la corona, qué?	TASSARA. La gran poetisa no desea

Estoy seguro de que le debe haber dicho alguna cosa, algo. ¿Qué le dijo?	decirme que no soy tan bueno como ella.
--	---

LUISA PEREZ. Algo me dijo, pero no lo voy a comentar. La discreción es una de mis cualidades. Ahora, después de lo que dijo la Condesa sobre una corona con plátanos y mangos, soy yo la de la preocupación. Me pregunto si la corona será tan ridícula como algunas cosas que se hacen en esta isla.

GERTRUDIS. No, no.

CONDESA. En fin, tantas cosas me abruman. Lo importante es que no hagamos el ridículo. Todo lo que se conciba aquí, se sabrá en la corte. No podemos convertirnos en el hazmerreír de la sociedad. Tenemos que innovar y concebir una coronación más fabulosa que las que se hacen en Madrid, que por cierto dicen que son bien cursis.

TASSARA. Dime que se los vas a entregar a Zorrilla y a Juan Nicasio Gallego.

LUISA PÉREZ. (*A don José Ramón.*) Usted no me la ha enseñado, eso me hace pensar si es una de esas coronas de los negros, llena de frutas.

GERTRUDIS. Vamos a revisarlos. Deseo que sean aceptados sin un comentario negativo.

TASSARA. ¡Vaya! Si hasta deseas corregirme.

GERTRUDIS. No digas eso, por favor.	DON JOSÉ RAMÓN. Es de oro.
TASSARA. Por supuesto. De mí solo deseas esto. (<i>Se agarra el sexo.</i>) Es lo único que quieres.	CONDESA. Peor aún, ¿quién ha visto un mango o un aguacate de oro?

DON JOSE RAMÓN. Condesa, con todo mi respeto, ¿cómo puede pensar en algo así? Esas son habladurías.

GERTRUDIS. ¿Por qué dices estas cosas? Ayer, tan solo ayer me juraste amor.

TASSARA. Es verdad, te quise y mucho, pero es tu culpa...

GERTRUDIS. ¡Oh, Dios mío!

TASSARA. Tu pasión es una pasión que cansa.

GERTRUDIS. ¿Cómo puedes?

TASSARA. Ahora me pregunto si fue amor o solo fue una gran pasión, una pasión por la mujer más famosa de Madrid.

GERTRUDIS. Vuelve a ocurrirme.

TASSARA. No te lamentos.

GERTRUDIS. El amor da más pena que placeres.

TASSARA. Me has tenido.

GERTRUDIS. Estoy esperando tu hijo.

TASSARA. Queda comprobado que la naturaleza femenina no está preparada para controlar sus pasiones. ¿Y será mío?

GERTRUDIS. Cuidado con lo que dices. Un hijo es sagrado.	LUISA PÉREZ. <i>(A don José Ramón.)</i> Sé que usted es un hombre de gusto refinado.
TASSARA. No pienses que me vas a obligar a casamiento.	DON JOSÉ RAMÓN. Todo será exquisito.

GERTRUDIS. Qué poco hombre eres si crees que pretendo casarme con quien desprecia al ser que engendró en mí.

Tassara sale. Gertrudis pasa a un segundo plano.

CONDESA. Como dice Luisa, yo confío en su buen gusto.	DON JOSÉ RAMÓN. Naturalmente. Es una corona de laureles de oro.
---	---

CONDESA. Me tengo que ir, pero quiero dejar claro que no daremos un centavo para contribuir al mal gusto.

La Condesa de Santovenia se despide de Luisa. Ambas se despiden de don José Ramón como corresponde y salen los tres. Gertrudis continúa en un segundo plano, como si fuera invisible, mirando pensativa la escena de las despedidas. Inmediatamente Tassara vuelve, detrás Nina, que le entrega una carta a Tassara, quien la lee, la estruja y la tira. Gertrudis se abraza a Nina. De pronto grita. Es más un gemido bajo, grave, de un dolor horrible. Tassara va a salir y Gertrudis se le lanza a los brazos. Se rebaja frente al hombre que la desprecia.

GERTRUDIS. No te vayas. Es una niña. Es tu hija. Tienes que conocerla. Es de los dos. Yo te quiero, voy a llevar tus poesías a los mejores de España. Las publicaremos. No te vayas. Por favor, tienes que ver a tu hija. *(Impotente.)* ¡Yo te quiero! ¡Eres mi

hombre! (*Tassara sale.*) Mi hija, mi hija. ¡¿Por qué, Dios?! ¡¿Por qué mi Brenhilde?! Me muero con ella mientras su padre no quiere conocerla y darle su bendición. Gabriel, mi hijita no puede morir así, despreciada por su padre. ¡Ay, Dios! ¡¿No te das cuenta?! Es una niña. ¿Qué me hago cuando no esté? Tassara, no tienes corazón. ¡No puedo respirar! Tengo una apretazón en el pecho.

El segundo oscuro de toda la obra.

Isabel II está acompañada de su joven amante. Están retozando sexualmente cuando entra Gertrudis. La Reina detiene el juego y se dirige a la visitante.

ISABEL II. Adelante, adelante. Pasad.

GERTRUDIS. Su Majestad.

ISABEL II. ¡Siéntate, mujer!

GERTRUDIS. (*Obedece a la Reina.*) He venido a anunciarle que me encerraré en el Monasterio de Loreto, de Burdeos.

ISABEL II. (*Se ríe divertida. Empuja al amante, le hace señas de que se retire.*) ¿Qué te parece? Es uno de mis cortesanos más cumplidores. Supongo que no estás hablando en serio.

GERTRUDIS. Majestad, en diciembre perdí a mi Brenhilde.

ISABEL II. Lo supe y entiendo que perder una hija debe haber sido un golpe muy duro. Te mandé mis condolencias. Supe de todas las tribulaciones con el padre, un pérfido.

GERTRUDIS. Gracias, Majestad.

ISABEL II. Así son los hombres, Indiana.

GERTRUDIS. En medio de ese dolor encontré a Sabater. Creí que mi vida iba a ser distinta, pero la muerte se lo llevó a los cuatro meses.

ISABEL II. Siento mucho todo lo que te ha sucedido. Fue uno de los mejores gobernadores civiles de Madrid, pero ese es el destino... ¡No podemos luchar contra él!

GERTRUDIS. Al morir mi hijita me di cuenta de que su partida era un aviso. La muerte de Sabater fue el segundo aviso. No quiero esperar el tercero.

ISABEL II. Estás pasando por momentos muy difíciles, pero no puedes llenarte de pesimismo y eso no excusa que quieras irte de monja. La vida no es como una la desea. No por eso nos tenemos que encerrar en un convento. ¡Imagínate! ¡Estarían llenos de frustradas!

GERTRUDIS. Lo he pensado mucho.

ISABEL II. Óyeme, Indiana, ¿crees que mi vida ha sido fácil? A los catorce años me declararon mayor de edad y me hicieron reina. ¿Y qué sabía de ser soberana y gobernar en medio de todos los conflictos que dejaba la guerra carlista? Una guerra de mi madre, la Regenta. Ella me hizo el centro sin que yo supiera realmente lo que sucedía a mi alrededor. Mi madre, ¡siempre mi madre!... La Regenta, la Reina Madre, doña María Cristina. Nunca se preocupó por mí. Se casó con un guardia de Corps a los tres meses de muerto mi padre. ¿Y qué hicieron conmigo? Me casaron con el idiota de mi primo don Francisco de Asís. Lo he venido cargando desde que era una niña. He tenido que enfrentar las intrigas de la corte, la rebelión ¡y siempre sola!... ¿A quién tengo? ¡A nadie! Mi querido esposo por su lado, quizás mi peor enemigo. ¿Qué podía hacer? No me metí a monja, me metí a puta.

GERTRUDIS. ¡Majestad! No me entiende.

ISABEL II. Te perdono la insolencia, Indiana, porque te admiro y conozco que estás pasando por un mal momento. Voy a olvidar que lo dijiste. Viniste de allende a una sociedad de hombres y te impusiste. Por eso han dicho que eres mucho hombre. Has alcanzado una posición en la literatura de habla castellana donde han llegado muy pocas mujeres en el mundo. Has logrado que todo Madrid esté a tus pies. Si no te eligieron para la Real Academia, como te propusieron, es por ser mujer. Eres muy astuta e inteligente. ¿Te das cuenta? Necesito más mujeres como tú, pero no encerradas en un convento, perdiendo el tiempo. ¿Qué cosa nueva o extraña puede acontecer dentro de los muros de un claustro? ¡La muerte de alguna infeliz monja! Ese es el gran acontecimiento para las que viven encerradas sin ninguna visión de lo que es la vida de verdad. ¿No te das cuenta? Es una vida monótona. No puedo recomendártelo.

GERTRUDIS. Majestad.

ISABEL II. Majestad nada. Aunque te ha encomendado gente muy cercana a mí, no te he aceptado como una de las damas de compañía de mi madre, como lo has solicitado, porque te quiero en ese mundillo de la corte, imponiendo a la mujer que eres: la que rompe barreras. No entorpezcas mis planes.

GERTRUDIS. Creo que es lo mejor... para mí al menos.

ISABEL II. Eres muy testaruda.

GERTRUDIS. Majestad, no veo otro camino que buscar la vida tranquila y solemne que da la virtud. Tengo un alma altiva que debe buscar cómo dominar sus pasiones. Dios ha señalado su deseo para mí.

ISABEL II. No continúes hablando insensateces, ni haciéndome perder mi precioso tiempo. Vete, vete a tu convento, con mi permiso pero no con mi bendición.

GERTRUDIS. Tengo que pensar en mi alma.

ISABEL II. Vaya, por Dios. *(Se ríe.)* Ahora eres mística. Estás pasando un momento de crisis. Eso es todo. Ya te recuperarás. Tú no eres una de esas mujeres que al perder al hombre piensa que tienen que encontrar la virtud. ¿Cuál virtud?

GERTRUDIS. Estoy decidida, con su beneplácito.

ISABEL II. Vete, vete. *(Con una palmada llama al amante, que viene al instante.)* ¡Vete! Si quieres ser abadesa, dime. Mandaré un asunto al Cardenal.

GERTRUDIS. No, gracias.

ISABEL II. ¡Que Dios te bendiga!

Gertrudis sale.

ISABEL II. Está un poco afectada. ¡La pobre! No te preocupes. *(El amante no se preocupa.)* ¡Ya se le pasará! ¡Más pronto de lo que nadie se pueda imaginar! Por eso es que los hombres desprecian a las mujeres. ¡Por ser demasiado sentimentales! ¡Yo no quiero problemas en mi vida! ¡Qué va! Y tenlo presente, el día que me aburras, te vas. Así que procura mi satisfacción todo el tiempo y seré tu buena reina.

Isabel II y su amante desaparecen de escena, mientras entra Gertrudis empujando una silla de ruedas, donde viene doña Francisca, vieja e inválida. Al entrar, Gertrudis trae un libro en la mano, que le da a su madre para que lo sostenga, mientras empuja la silla.

DOÑA FRANCISCA. Ay, Tula, hija. ¿Cuándo dejarás de andar con los libros para arriba y para abajo?

GERTRUDIS. Nunca.

DOÑA FRANCISCA. Sí, sí, ya lo sé, después de tantos años. Mas no creas, si antes me molestaba, ahora te admiro. Bueno, no es que te admire admire; la verdad es que serías distinta si me hubieses oído, pero, ya sabemos, tú eres una cabecidura y a tu madre siempre le has llevado la contraria. Mira la locura del convento. Hasta tu mismo director espiritual te lo dijo: no estabas allí por vocación sino buscando un refugio a tus problemas. ¡Ah, Tula!, no puedes tratar a Dios igual que a los hombres. Hoy sí, mañana no. Sin embargo, ¿quieres que te diga algo? Una monja amiga mía me dio uno de tus libros con la poesía mística que escribiste en el convento. Es lo único que he leído de lo que has escrito y para mí es lo mejor.

GERTRUDIS. *(Tomándole el pelo.)* ¿Cómo sabes que es lo mejor si es lo único que has leído? *(Gertrudis se da cuenta del libro al que su madre se refiere, pues lo lleva escondido en la silla de ruedas, lo saca de su escondite y divertida se lo entrega a doña Francisca.)* Toma, sostenme este también.

DOÑA FRANCISCA. *(No sabe qué hacer porque la han sorprendido in fraganti. Agarra el libro y lo vuelve a esconder donde estaba.)* Ya, ya. Cómo quisiera que asentaras cabeza.

GERTRUDIS. Por ahora solo deseo plasmar en el papel todo aquello que da vueltas en mi imaginación, y luego, posiblemente dejaré de escribir.

DOÑA FRANCISCA. ¡¿Qué?! No, ni me digas. Eso no te lo crees ni tú misma. Tengo muchas preocupaciones en esta silla de ruedas para que me vengas con tus problemas. *(Cambio. Divertida por la oportunidad de decirlo.)* Hace tiempo que estoy notando que ahora estás más gorda. *(Vuelve a cambiar.)* Estoy tan preocupada con el silencio de Manolito. ¿Para qué habrá vuelto a Cuba? ¿No lo extrañas?

GERTRUDIS. Le va bien. Acabo de recibir correo de él. La verdad es que lo extraño y lo envidio. ¿No te gustaría regresar?

DOÑA FRANCISCA. ¡¿A Cuba?! Lo único que me faltaba. ¡No sé a qué!

GERTRUDIS. Si pudiera volver.

DOÑA FRANCISCA. De ti, cualquier cosa se puede esperar.

GERTRUDIS. ¿Nunca te acuerdas de los paseos a Nuevitas? ¿Y de los cocuyos? Tan chiquitos y con tanta luz. ¡Y de los tomeguines? ¿No extrañas sus cantos?

DOÑA FRANCISCA. Sería una locura dejar Madrid para meterte en Puerto Príncipe. ¡Vuelve! ¡Allá tú! Si cuando se te mete algo en la cabeza, lo haces. Cuba será peor que el convento.

GERTRUDIS. ¡Como siempre, no me entiendes! Ojalá volver fuera tan fácil como lo dices. Ya mi vida está hecha aquí. Verdugo es un esposo ideal. Me ha hecho feliz. Sé que no me lo vas a creer, pero ya no soy la locuela de antaño, pero sí, me gustaría volver. Ver el mar, oír el susurro de las palmas.

DOÑA FRANCISCA. Déjate de romanticismos, que ya eso pasó de moda (*En otro golpe bajo.*) ¿Y Cepeda?

Gertrudis no contesta y sale, empujando a su madre en la silla de ruedas. Se mezclan la sala de la coronación en el Teatro Tacón y el Teatro del Circo de Madrid, el 20 de marzo de 1858. Vemos a Luisa Pérez de Zambrana, a José Fornaris y a don José Ramón Betancourt. Nina también está presente, pero no se regodea con los blancos. Los personajes se interrelacionan sin importar la separación del espacio y de fecha.

DON JOSÉ RAMÓN. ¡Luisa! ¡Doña Luisa! ¡Qué noche! ¡Qué noche!

LUISA PÉREZ DE ZAMABRANA. Un triunfo. Hasta Sus Majestades fueron al estreno.

JOSÉ FORNARIS. Los reyes y ella son unos licenciosos. La inmoralidad impera. ¡Tal para cual!

LUISA PÉREZ. Estoy tan contenta por ella. Lleva tres años casada con don Domingo Verdugo.

JOSÉ FORNARIS. Usted lo dice como si fuera un mérito, es una vergüenza para la América que sufre; Coronel de Infantería; Ayudante del Rey Consorte.

LUISA PÉREZ. Un bizarro coronel, según la expresión consagrada, y ella una famosa escritora.

JOSÉ FORNARIS. La ceremonia religiosa del matrimonio tuvo lugar en Palacio y usted no desea entender que no está ligada a esta tierra.

La misma escena. Entra Manuel, empujando la silla de doña Francisca. Enseguida entra Gertrudis, acompañada de Domingo Verdugo y engalanada de acuerdo a la ocasión. Esta noche se estrena su obra Los tres amores, con la presencia de los reyes.

DON JOSÉ RAMÓN. Los reyes llegarán en cualquier momento.

GERTRUDIS. Estoy feliz.

MANUEL. Estoy orgulloso de ti, hermana mía.

GERTRUDIS. No siempre me lo has demostrado.

VERDUGO. Estoy un poco preocupado.

DOÑA FRANCISCA. ¿Por qué?

VERDUGO. Por todos esos temores de que estás hablando últimamente.

GERTRUDIS. Ay, ustedes no me quieren entender, pero es la realidad.

DON JOSÉ RAMÓN. Sus triunfos atraen la envidia y la rodean de murmuraciones y calumnias.

LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA. Los peores son todos los que se han opuesto a su espacio en la Real Academia.

GERTRUDIS. ¡Entiéndanme!, esos resentidos me atacan y tratan de disminuir el valor de mis obras, hablan mal de mis poesías y novelas.

MANUEL. Estás exagerando.

GERTRUDIS. ¡Ojalá!

MANUEL. Disfrutas de mucho prestigio.

LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA. No te deprimas.

GERTRUDIS. No, no, realmente no es depresión, es una sensación rara. Bueno, sí, es una especie de depresión.

JOSÉ FORNARIS. Se cree la mejor.

GERTRUDIS. Tengo un presentimiento para el estreno de esta noche.

VERDUGO. El público llena tus obras

LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA. ... y lee tus poesías.

MANUEL. ¡Óyelo bien, tú lo sabes! Tú dominas todos los géneros. Eres la más grande.

DON JOSÉ RAMÓN. El teatro está lleno.

DOÑA FRANCISCA. Es mi hija.

GERTRUDIS. El presentimiento es mayor ahora.

LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA. Olvídate de eso.

VERDUGO. Dejemos lo negativo a un lado y vamos a disfrutar el estreno.

De pronto se forma un tumulto: la escena toma más vida. Llegan los reyes. Se forma un alboroto por tal acontecimiento. La Reina abraza a Gertrudis.

ISABEL II. Indiana, estás encantadora.

GERTRUDIS. Favor que me hace Su Majestad.

ISABEL II. ¿Cómo se llama esta obra?

GERTRUDIS. *Los tres amores.*

JOSÉ FORNARIS. ¿Qué amantes la inspiraron?

GERTRUDIS. Ven, Verdugo, te necesito a mi lado.

ISABEL II. Estoy segura de que será tan buena como las anteriores. Entremos.

VERDUGO. Sí, están esperando a Sus Majestades para comenzar.

Hay un juego cuando Isabel II y Francisco de Asís van a entrar a la sala, en ese mismo momento se forma un barullo. Los que ya habían entrado y los que estaban entrando, salen riéndose de la sala; incluso, los reyes pasan riéndose por el lado de Gertrudis. Solo Luisa Pérez de Zambrana y don José Ramón salen entristecidos. Ellos, con los reyes y el público, abandonan la escena. Luisa Pérez sale empujando a doña Francisca, en su silla.

JOSÉ FORNARIS. Ni la presencia de los reyes calmó al público.

MANUEL. Lo del gato fue una broma de mal gusto.

VERDUGO. No le hagas caso.

GERTRUDIS. ¡¿Broma y que no le haga caso?! *(Se nota desesperada. Frenética.)* No sé qué hacer, quisiera agarrarlos y estrujarles el gato en la cara. ¡Qué vergüenza! Mañana seré el hazmerreír de todo Madrid.

JOSÉ FORNARIS. ¡Cómo me divierto! En un momento de gran tensión dramática, cuando uno de los personajes comentaba que en los acontecimientos había gato encerrado, desde uno de los palcos lanzaron un gato vivo a la escena que desató la perplejidad entre los actores, y la risa y el desorden en el público. *(Sigue divertido.)* ¡Se lo merece! Y en La Habana, no la coronarán. Me hubiese gustado ser yo el que tirara el gato. *(Sale riéndose.)*

VERDUGO. Fue un tipejo quien tiró el gato a los actores. No fue por tu obra.

MANUEL. ¡Cálmate!

VERDUGO. ¡Cálmate!

Manuel y Verdugo salen silenciosos. Gertrudis queda sola en el escenario.

GERTRUDIS. Nunca podré olvidar la humillación de esa noche. *(Se toca sobre el corazón.)* Aún me duele aquí. Ese miserable de Antonio Ribera me ha marcado para siempre. ¿Para qué continuar escribiendo teatro? Nadie me entiende.

Entra Verdugo con un periódico en la mano. Está muy exaltado.

VERDUGO. *(Enseñándole el periódico.)* ¡Esto es lo más grande que ha podido suceder! ¡Baltasar es tu gran obra! ¡Un éxito!

GERTRUDIS. ¿Qué dices? ¡A ver!

VERDUGO. *(Mostrándole.)* Que solo algunas comedias de magia habían logrado tanto éxito. Pronostican que *Baltasar* estará en escena como ninguna otra obra antes.

GERTRUDIS. ¿Tú crees? ¿Qué dice la gente?

Gertrudis le arrebató el periódico. Lee entusiasmada. Baila con el periódico en la mano. Verdugo la agarra y bailan sin música.

VERDUGO. ¡¿Ves?! Te lo dije. Tu obra se impone. Menos de un mes desde que ocurrió la mala broma del gato y ahora éxito total con *Baltasar*.

GERTRUDIS. Quisiera ser hombre para encontrármelo y cobrarle su afrenta a mi honor

Gertrudis y Verdugo continúan bailando cuando entra Antonio Ribera, militar expulsado del ejército. Eso nos dice quién es. Altivo y burlón. Gertrudis y Verdugo detienen el baile.

ANTONIO RIBERA. Miau. Miau, miau. Miau.

GERTRUDIS. ¡Es él! ¡Es él! Ay, Verdugo, si yo pudiera hacerle pagar mi vergüenza.

VERDUGO. Es usted un hombre sin escrúpulos.

ANTONIO RIBERA. No es mi culpa que la obra no haya gustado.

VERDUGO. Es su falta de respeto a mi esposa, que es la autora, y a Sus Majestades.

ANTONIO RIBERA. No fui yo. Además, su esposa es el hazmerreír de toda España.

¡Miau!

VERDUGO. ¿Qué dice usted, insolente?

ANTONIO RIBERA. Una mujer con pretensiones de hombre. Miau, miau.

VERDUGO. ¡Es usted un tunante! ¡Retire sus palabras!

ANTONIO RIBERA. ¡Oblígueme!

VERDUGO. Le exijo respeto para con mi mujer.

De forma inesperada, Antonio Ribera ataca a Verdugo físicamente. Gertrudis se mueve de un lado a otro, queriendo hacer algo, pero sin saber qué. Sus movimientos y angustias dan intensidad a la escena. Verdugo se defiende. Hay una pelea en medio de la cual Antonio Ribera saca un afilado estoque del bastón que lleva y lesiona a Verdugo en el pecho, que cae gravemente herido. Ribera se escapa. Algunos personajes salen de todas partes, solidarios acuden a socorrer a Verdugo y se lo llevan cargado. Gertrudis trata de ayudar a los hombres que cargan a su marido.

Se hace el tercer oscuro de la obra.

Al volver la luz, Gertrudis está con un libro en la mano, sin leer. Verdugo convaleciente, sentado en un sillón.

GERTRUDIS. *(Va hacia Verdugo. Lo acaricia.)* Viajaremos por el mundo, buscando tu salud.

VERDUGO. Es mejor que me quede reposando en Madrid.

GERTRUDIS. Tenemos que ir en procura de tu salud. Buscar mejores climas, algún científico que no existe en España.

VERDUGO. Costará una fortuna.

GERTRUDIS. *(Le prepara alguna medicina que le da a tomar.)* Tú no eres un pobre, y yo he heredado una pequeña fortuna; además, he ganado mucho dinero con mis obras. *(Cambio.)* Perdona mis errores.

VERDUGO. Has sido una buena esposa.

GERTRUDIS. No te he hecho feliz.

VERDUGO. No digas eso.

GERTRUDIS. Jamás he hecho feliz a nadie.

VERDUGO. ¿Y tú?

GERTRUDIS. Lo soy ahora, contigo. Antes creía que lo era, pero no sé, pienso en aquel pasado.

VERDUGO. Te quiero y te admiro.

GERTRUDIS. Yo también a ti, mucho. Mi infelicidad reside en todos esos nuevos escritores que rechazan lo que hicimos nosotros. Y si escribieran bonito, pero no. Escriben feo, y tratan de desprestigiarnos.

VERDUGO. En el momento tengo una buena noticia. Nombraron a Francisco Serrano, mi gran amigo, como Capitán General de Cuba.

En el salón de la coronación, en el Teatro Tacón, se encuentran solamente Luisa Pérez de Zambrana y don José Ramón. La conversación se entrelaza entre los cuatro personajes, aunque Gertrudis y Verdugo hablan en Madrid y don José Ramón y Luisa Pérez lo hacen en La Habana.

VERDUGO. Muchas veces me he preguntado si te gustaría volver a Cuba.	DON JOSÉ RAMÓN. Doña Luisa, es menester que honremos a Gertrudis Gómez de Avellaneda.
GERTRUDIS. Es un sueño imposible.	LUISA PÉREZ. Naturalmente, cuente conmigo.
VERDUGO. Imagínate en Cuba.	
GERTRUDIS. Me veo dirigiendo una revista. Incluso ya le tengo nombre.	DON JOSÉ RAMÓN. La recibiríamos apoteósicamente.
GERTRUDIS. <i>Álbum Cubano de lo Bueno y lo Bello.</i>	LUISA PÉREZ. La considero mi amiga. Hasta prologó mi poemario.

Gertrudis y Verdugo quedan solos.

VERDUGO. Nunca dejarás de ser una romántica.

GERTRUDIS. Nunca, aunque los nuevos escritores nos acusen a los autores románticos de monótonos. ¡Qué atrevidos!

VERDUGO. ¡Sácate eso de la mente!

GERTRUDIS. No puedo. Es muy duro. (*Cambio.*) Pero no te preocupes. Lo aceptaré.

VERDUGO. Aún no me has preguntado qué me propuso Francisco Serrano.

GERTRUDIS. Ya iba a hacerlo.

VERDUGO. Me ha ofrecido que lo acompañe a Cuba, con su gobierno. Pronto volverás a tu Isla.

Gertrudis reacciona alegremente. Emocionada, besa a Verdugo. Va de un lado hacia otro.

GERTRUDIS. El clima te hará mucho bien.

VERDUGO. Verte feliz me curará.

GERTRUDIS. ¿Sabes por qué te quiero? (*Lo besa.*) Te quiero porque eres distinto, me mimas, me entiendes.

Gertrudis se lleva a Verdugo. La escena, en el salón de la coronación en el Teatro Tacón, se va llenando con los invitados. Menos José Fornaris e Ignacio de Cepeda están todos los personajes de la vida de Gertrudis: doña Francisca, Manuel, don José Ramón, Luisa Pérez de Zambrana, Loynaz, Gabriel García Tassara, Isabel II, don Francisco de Asís, Zorrilla, Juan Nicasio Gallego, el amante de Isabel II, Seba y Nina. Si hay música será interpretada por los músicos negros. Don José Ramón se pasea nervioso, con la corona de laureles de oro en la mano.

LUISA PÉREZ. Pronto llegará.

DON JOSÉ RAMÓN. Estoy nerviosísimo.

Entra Gertrudis de la mano de Verdugo. Trae los aretes que le regalara Seba. Todos aplauden, al mismo tiempo que don José Ramón le entrega la corona a doña Francisca que se la pasa —nos recuerda la rapidez con que se pasa la pelota del balompié— a Manuel, que se la pasa a Loynaz, entonces a Tassara, entonces al Rey, que se la entrega a la Reina, y esta a Nina, que se la entrega a la Condesa de Santovenia, que la pasa a Luisa Pérez de Zambrana, para juntas acercarse a Gertrudis que la toma en sus manos, sin arrebatlarla. Abraza a Luisa Pérez de Zambrana y a la Condesa de Santovenia, sin ponerse la corona.

GERTRUDIS. Estoy tan feliz. Todas las fuerzas que me enfrentaron no pudieron detener el reconocimiento de mi gente, que derrumba odios y envidias. *(Se pone la corona y rompiendo la cuarta pared se dirige al público.)* La prenda más preciosa para mi corazón.

oscuro

New York, 6 de enero de 1995.

New York, 22 de septiembre de 2010.

Notas que pueden ser curiosas para el lector

Muchas descripciones se hicieron sobre Gertrudis por los hombres de su época. José Zorrilla, el autor de *Don Juan Tenorio*, escribió: «Subí a la tribuna y leí como mejor supe unas estancias de endecasílabos, que arrebataron al auditorio. Rompióse el incógnito y, presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo y, por consiguiente, en Madrid, como la primera poetisa de España; la hermosa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda. Porque la mujer era hermosa, de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos, su cabeza coronada de abundantes rizos y gallardamente colocada sobre sus hombros. Su voz era dulce, femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados y la acción de sus manos delicadas y flexibles...» (En *Recuerdos del tiempo viejo* (1880), pero citado por varias personas en distintas publicaciones. Ver la escena al principio del segundo acto.)

Algunos diálogos vienen directamente de *Sab*, como por ejemplo, las lamentaciones de Seba con Nina; otros diálogos provienen del diario que Gertrudis escribiera para Cepeda, o sus cartas al mismo. No se hacen notar.

Como dato curioso, téngase en cuenta que algunos biógrafos llaman don Gaspar a don Isidoro de Escalada, el nuevo esposo de doña Francisca, el padrastro de Gertrudis.

Las frases en francés en la página 00 están en la escena, sobre todo, para marcar la influencia de la literatura francesa sobre la Avellaneda. Le agradezco su traducción al actor venezolano Marcos Aponte.

«Los recelos», poesía que aparece en la página 00, es de José María Heredia (1832). *Poesías completas*. Selección, estudio y notas por Ángel Aparicio Laurencio. Miami: Ediciones Universal, 1970, 119.

El soneto de Gertrudis Gómez de Avellaneda «Las contradicciones (Imitación de Petrarca)», que se lee al principio del segundo acto, no fue lo que leyó Zorrilla aquella noche en que presentó a la Avellaneda al Liceo de Madrid. Sabemos que Petrarca fue el gran lírico italiano del siglo xiv (1304-1374). También sabemos que la manera en que Petrarca reflejó en su obra el tema del amor irrealizable lo acercó a los románticos.

El comentario del escritor francés Merimée —autor de la novela *Carmen*, que dio lugar a la ópera de Bizet— en correspondencia con sus amigos de París, que aparece en la acotación de la página 00, se encuentra citado en Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Poesías y epistolario de amor y de amistad*. Edición de Elena Catena. Madrid: Castalia, 1989, 34.

La referencia —página 00— a *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas (1802-1870), publicada en 1844, se basa en que probablemente la Avellaneda y Luisa Pérez la leyeron, puesto que Dumas fue uno de los románticos más popular y sus novelas fueron muy sonadas cuando ambas escritoras estaban en su apogeo.

Durante la pelea entre Verdugo y José Ribera, el primero le dijo «pillo» y «tunante», lo cual, según afirmó Ribera, lo encolerizó aún más.

«La prenda más preciosa para mi corazón» fueron las palabras de la Avellaneda cuando la coronaron en La Habana. (Domingo Figuerola-Caneda. *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella, y sus memorias*. Notas por Doña Emilia Boxhorne. Madrid: Sociedad General Española de Librería, S.A., 1929, 34. Mencionado por Florinda Alzaga en *Las ansias de infinito en la Avellaneda*. Miami: Ediciones Universal, 1979, 94.

«Tula donó su corona de oro a la capilla del Colegio de Belén, de La Habana. Allí se mantuvo mucho tiempo, saliendo solamente para ser exhibida en ocasiones especiales, como la puesta en escena de *El primer amor de Tula* [(1947) de Rafael Marquina]. Cuando Fidel Castro “nacionalizó” el Colegio de Belén, manos valientes y respetuosas lograron salvar la corona. Temerosos de que pudiera caer en manos del gobierno en cualquier momento, se intentó hacerla llegar al Colegio de Belén en Miami, recién inaugurado por antiguos alumnos y profesores del de La Habana. Una monja se ofreció a sacarla de Cuba hacia México, desde donde se haría llegar a Miami. Pero, en algún lugar del trayecto, la corona desapareció. Esa es la versión que me dio un antiguo alumno, quien la recibió de un

veterano profesor del colegio a quien le preguntó por petición mía. Ojalá alguien la tenga guardada para regresarla al Colegio de Belén de La Habana cuando Cuba sea libre». (Respuesta por correo electrónico fechada el 21 de mayo del 2015, del profesor Eduardo Lolo, al preguntarle qué se sabía del paradero de la corona.)